

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
POSTGRADO DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

***REFLEXIONES SOBRE EL
PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE
MARÍA ZAMBRANO:
SU IDEARIO EN TORNO A LA
“HUMANIDAD PLENA”***

***TRABAJO DE GRADO COMO REQUISITO PARA
OPTAR POR EL TÍTULO DE MAGISTER SCIENTIAE
EN FILOSOFIA.***

DONACION

SEB I U L A
Tulio Febres Cordero

Autora: Benilde Santiago

Tutor: Plinio Negrete

RESUMEN

María Zambrano, nacida en Vélez-Málaga el día 22 de Abril de 1904. Su pensamiento representó un hito importante en la vida española; por el hecho de que constituyó una manera de comprender la realidad de una época convulsiva en la historia de España.

Su pensar integrador, ecléctico, profundamente humanista y agónico en su anhelo por construir una “Humanidad Plena”, cuyo locus filosófico es el hombre concreto con sus vicisitudes, pasiones, historia, padecer y delirio, quien vive en permanente conflicto consigo mismo ante una realidad que le es resistente, ambigua y extraña para lo cual reviste importancia la creación de una “Razón Poética”. Una razón que no se empeña en imponer su ley como lo hace la razón inmanentista, la razón postcartesiana, instrumento de poder sobre la realidad, sino que es una razón maternal, amorosa, comprometida con la vida que es capaz de descender a los lugares más misteriosos y oscuros del ser humano, como un método para el hallazgo filosófico de la vida, de una verdad y una libertad propia, encontrando cauces de conexión con ancestrales conocimientos en lo que se aúnan fe y razón, filosofía y poesía, para explicar un sentir el mundo como pleno de significados, donde la vida adquiere peculiares misiones en un orden único, en un universo.

INDICE

	Pág.
Introducción	1
CAPITULO I: VIDA Y OBRA DE MARÍA ZAMBRANO	13
Situación Política, Social y Económica de España.	17
La Unidad Española.	24
Identidad en España.	26
El Exilio.	29
Diferencia entre Exilio y destierro.	38
CAPITULO II: PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE MARÍA ZAMBRANO	45
El Método.	47
Puntos de coincidencia entre María Zambrano y Jung.	50
La Palabra.	55
Filosofía y Poesía.	59
La Metafísica.	63
El Tiempo.	65
El Sueño-Despertar.	66
La Realidad.	72
La Luz.	74
La Ética.	76
La Piedad.	80
Crítica a la Razón.	82
Séneca.	84
Vocación Cristiana.	86
En Torno a Los Dioses.	89
El Eclecticismo	94
CAPITULO III: REFLEXIONES FILOSÓFICAS DEL CORPUS TEÓRICO DE MARÍA ZAMBRANO	99
El Existencialismo.	103

Soren Kierkegaard.	107
Miguel de Unamuno.	109
Raíces Existencialistas.	111
Ortega y Gasset.	115
La Crisis del Hombre Occidental.	125
La “Humanidad Plena”.	127
Conclusiones	134
Bibliografía	148

*“Estoy tratando de conducir lo
divino que hay en mí a lo divino que
hay en el Universo”*

Plotino

INTRODUCCIÓN

Aproximarnos a la obra y pensamiento auroral de la meditadora María Zambrano, significa seguir tras la ruta innombrable hacia el recinto sagrado donde moran y palpitan palabra y silencio, presencia y vacío, ser y realidad, anhelo y cumplimiento, visión y tacto, lo cual se nos traduce como una verdadera experiencia iniciática.

Un inevitable arrobamiento del alma nos invade al constatar que su pensamiento iluminado nos conduce necesariamente hacia el dintel que desde su núcleo anhelante espera ser traspasado como requisito indispensable para despertar a la vida, para develarnos y hacernos a través de un método-camino que nos otorga la trascendencia, la vida en los límites, y una mirada de regreso hacia la tradición, la cual guarda en su germen al camino recibido que kabalísticamente representa el nombre de Dios.

Dios de un pasado que, en vez de alzarse como un obstáculo según el pasado en agitación suele hacer, hace brotar y abrirse esta especie de espacio, que recuerda esa lúcida flor de loto que surge de las tinieblas de las aguas, blanca imagen del universo donde un Bienaventurado apenas se sostiene, pues el mismo está más que sobre ella, al modo de ella, sobre las aguas sin flotar, tan siquiera liberado del pesar de la vida. (El Hombre y lo Divino, 1973. p. 335).

Nuestra vida se torna rítmica y melodiosa, agónica y delirante, conduciéndonos por un camino sinuoso hacia el encuentro con el claro del bosque donde subyacen las voces ancestrales quienes celosamente guardan en los repliegues del tiempo lo divino en lo sagrado, para penetrar en los inferos de un presente que anida al hombre en tránsito, inacabado, que “no quiere conocer” sino que “quiere ser”, que conoce en profundidad el camino de la contemplación interior, y que sabe que su mejor maestra es la soledad de la cual emergen todas las posibilidades que lo transfieren hacia la comunión con la unidad de su alma, para tener el privilegio de estar presente así mismo en la forma más pura y transparente ante una realidad que no le es dada sino en forma dolorosa y creadora.

Desde la perspectiva de una cosmovisión filosófico-poética María Zambrano precisa, la mirada nueva de un hombre en plenitud, en un mundo nuevo, renovado, depurado, renacido. Un renacimiento que lleve al hombre a la búsqueda de la trascendencia, que sea más profundamente humano, lleno de significados donde éste y su circunstancia se confundan con el canto unánime de la más honda poesía para que llegue donde se albergan los sentimientos inextricables, que saltan por encima de los juicios y de lo que puede explicarse. En ese lugar natural, sagrado, en el centro vital, palpitante, vibrante en el fondo último del alma, en el apeirón, de donde emergen las grandes verdades, múltiples posibilidades se deshojan como pétalos y en momentos de crisis arde en él una llama, lámpara mágica, que sirve de guía; a través de situaciones complicadas y difíciles, una luz propia que permite abrirse paso allí donde todo parecía estar paralizado,

donde no había salida alguna, es un descubrir los poros del alma cuando se muestra cerrada en presencia de la adversidad. La autora española utiliza una metáfora que ilumina este íntimo acontecer *“Es como si los árboles del otoño creyeran que la naturaleza toda muere en vez de dejar caer las hojas secas y recogerse hacia adentro, en espera de que la sabia suba en la primavera siguiente”*. (Persona y Democracia, 1988, p. 40).

Y esa luz que ilumina para salir de imposibles dificultades, luz suave, tenue, da consuelo a los partidarios de verdades eternas y a los creadores, tal como lo afirma metafóricamente la Biblia, de un universo alterno, del país de la utopía, de la comarca de la palabra preñada de luz de los astros y la lámpara de la imaginación.

En ese ir siendo seres en marcha y en esa creciente necesidad de encontrar una libertad propia para dirigir el destino hacia esa explicación necesaria de cómo hacerse a sí mismos, cómo inventarse para obtener una concepción más clara acerca del mundo y una forma de manejarse frente a él, se halla una ética que ofrece una nueva manera de mirar, una nueva visión, lugar de saberes y vidas sin diferenciación como dice Maimónides “La ética es la medicina del alma”. Es preciso experimentar nuevos y constantes nacimientos porque no basta nacer una vez y moverse en un mundo de instrumentos útiles. La vida humana reclama ser transformada, estar continuamente en contacto con una verdad que es pensada como constante renovación y entrega, pero que sólo cobra sentido al ser vivida como experiencia comunicante, como saber activo y transformador que se expande y vivifica en cada

instante de nuestra vida y cuando la vida humana no acepta dentro de sí una verdad operante y transformadora queda sola y en rebeldía y cualquier conocimiento adquirido le seguirá pareciendo insuficiente.

Pues las grandes verdades jamás se dicen hablando, solo son patrimonio de los que han sido capaces de descubrirlas, de permanecer en un absoluto estado de contemplación sintiendo la vida en todas sus dimensiones, sus manifestaciones y eclipses en sus permanentes metamorfosis y resurrecciones, en un constante ir naciendo desde el delirio que, como categoría rectora, adquiere el carácter de una extrema tensión del ser, hacia lo desconocido siempre presente, lo misterioso encerrado en el Cosmos. El delirio deviene fuerza creadora. Hay en él mucho de impulso de vida Nietzscheano, de lo dionisiaco, engendrador de la poesía dirigida a la renovación humana, a la revalorización del ser, como única filosofía posible, si se recuerda que la filosofía es un tipo de amor dirigido a la sabiduría vital, a la contemplación, que es vivencia. Ya anunciaba Abenarabí que no alcanzaría el grado supremo de la contemplación quien pretendiese llegar a él a través del mundo. Y Molinos advertía que ese camino de contemplación era de pocos, puesto que supone la muerte de los sentidos y no son muchos los que así quieren vivir; solo aquellos que se recogen en el interior de la soledad y de su silencio podrán recorrerlo. “Tres maneras hay de silencio: el primero es de palabras; el segundo, es de deseos, y el tercero, de pensamiento. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, la quietud; en el tercero, de pensamiento, el interior recogimiento. No hablando, no

deseando, no pensando, se comunica y se enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría”.

Encontraron en los bosques confundidos entre los árboles a los “Yogas” hombres consumidos por la contemplación, hombres sumidos en éxtasis a quienes la continuidad extática había convertido casi en árboles, en un árbol más; sobre sus hombros habían anidado los pájaros. Tal era su resignación vegetal, tal su inhumana mansedumbre. (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939. p. 72).

Pero sucede que esa filosofía “camino de vida”, camino de salvación, que guiaba al hombre hacia su propia transformación espiritual y preparación para la muerte, perdió su misión de guía al entregarse en brazos de la Diosa Razón, introduciéndose mediante la misma con gran violencia, dejando al hombre en absoluta orfandad.

En adelante la filosofía debe reencontrar su hilo rector, su vida secreta, su reconstrucción, reconstrucción, que no es un mero ejercicio intelectual o emocional sino la recuperación del conjunto de dimensiones de lo humano en su integralidad, que expresa su padecer en la búsqueda reflexiva. De igual manera debe presentar la debida atención a las regiones difícilmente penetrables por la razón diferenciando las formas del sueño, modalidad de la utopía creadora, como realización perenne y a la vez históricamente acotada, lo que la convierte en *medicina mentis* o mejor, *medicina*

hominis o bien sea *salus*: salud como equilibrio, reconciliación del ser humano consigo mismo, lo cual garantiza el despliegue de la vida; salvación como proyección histórica, puente continuo hacia la esperanza arraigada en el ser, pero indudablemente depositada en las manos del hombre.

En lo que respecta a la poesía, el poeta ofrenda todo el tesoro de su existencia a la palabra. Con absoluta apertura, sin duda, entrega su vida a ese misterio, a ese arcano. Es la herramienta magnífica (aunque sutil por cuanto que va hecha de sonidos), con la cual el hombre se acercó al mundo para hablar de lo insondable, de lo inefable e indescriptible y para poder penetrar en los lugares más recónditos del alma, en el sentido de las cosas; no para existir extraño a la naturaleza, sino para intentar fusionarse con ésta, valga decir, retornar a ella en la entrega más pura de amor con el Cosmos.

La poesía no es de ninguna manera un sustituto de la vida sino iluminación del ser; no la claridad del entendimiento, sino verdad del entendimiento; no es distracción sino concentración; no la “belleza pura” sino la forma “significativa”.

La poesía comprende a la filosofía dentro de su órbita, de ahí que toda verdadera filosofía es poesía; y la más profunda poesía es filosofía. Por ende maestro y discípulo en filosofía son arrebatados por la misma fuerza, por idéntico afán, que es el que crea la relación. Nadie enseña a nadie, si éste no es igualmente activo en el conocimiento como en amor; no se recibe, si no se entrega. Nadie enseña a nadie en filosofía.

Y así, aquel que distraídamente se salió un día de las aulas, acaba encontrándose por puro presentimiento recorriendo bosques de claro en claro tras el maestro que nunca se le dio a ver: el Único, el que pide ser seguido, y luego se esconde detrás de la claridad. Y al perderse en esa búsqueda, puede dársele el que descubra algún secreto lugar en la hondonada que recoja el amor herido, herido siempre, cuando va a recogerse. (Claros del Bosque, 1993, p. 18).

Según el sabio Séneca, la soledad y el silencio, que constituyen un límite, son a sí mismos, una invitación. María Zambrano se atreverá a traspasar la frontera de lo decible, de lo lógicamente expresable, en aras de una razón poética; para ello deberá contar con los recursos que le brinda la propia inefabilidad. Solo estos recursos cercanos al misticismo, posibilitarán la fe y el sueño creador de la poesía, “La sabiduría del Silencio”.

Son los efectos del entender no entendiendo, de esa ignorancia con la que se trasciende toda ciencia. El Santo Carmelita ha condensado los medios expresivos de la vaguedad y la ignorancia, así como de la trascendencia que nos invade, en esas coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación: Entréme donde no supe, / y quedéme no sabiendo, / toda ciencia trascendiendo. A su vez nuestra pensadora se pregunta si no será “Ese no sé qué” la señal de identidad propia de toda criatura; su lugar natural, su atmósfera. La aurora misma balbucea al por qué

de todas las criaturas, un reino de luz y color, de espacios no habidos, de tiempos poblados por no saber qué.

Empieza la palabra del místico o del poeta en el punto o límite extremo en que se hace imposible todo decir. “Postula un imposible”, decimos, la palabra del místico. Pero también decimos que tal es, y no otra, la raíz última o cierta de la palabra poética en cuanto decir de lo imposible, de lo indecible, que lleva la palabra a su tensión máxima, arco infinitamente tendido que contiene su flecha y su blanco, al forzarle a decir en su misma precariedad, y solo ella la imposibilidad del decir.

Razón por la cual el lenguaje debe ser sometido a un proceso constante de sacralización o de trascendencia de tal modo que las palabras puedan quedar refundidas metamorfoseadas hasta el punto de permitir trasladar a lo divino lo meramente humano.

J. A. Valente en su artículo denominado “Sobre la lengua de los pájaros”, en clara alusión a un texto del Corán (Azora XXVII, 15), expone que esa palabra mística o poética, lo es del límite, del borde o de la inminencia, la palabra poética no es propiamente el lugar de un decir, sino de un aparecer. El poema, al igual que el Señor del Oráculo, no dice, no afirma, ni niega, sino que hace signos; significa, pues, lo indecible, no porque lo diga, sino porque lo indecible en cuanto tal aparece o se muestra en el poema, lugar o centro, o punto instantáneo de la manifestación. En la poesía execrada por Platón entran en su disolución las nociones espacio, tiempo, o la noción de sí mismo o del yo, por ende la razón no tiene cabida en la poesía. De no ser así quién consolará

al poeta del minuto que pasa, quién le persuadirá para que acepte la muerte de la rosa, de la frágil belleza de la tarde, del olor de los cabellos amados, de eso que el filósofo llama “las apariencias”.

Dice Anacreonte: “*¿De qué sirve el que me enseñes las reglas y los sofismas de los rétores?*”, “*¿Qué necesidad tengo de todas estas palabras que no me sirven para nada? Enséñame, ante todo, a beber el dulce licor de Baco; enséñame a volar con Venus, la de las trenzas de oro. Cabellos blancos coronan mi cabeza. Dáme agua, vierte el vino, joven adolescente; aduerme mi razón. Pronto habré cesado de vivir y cubrirás mi cabeza con un velo. Los muertos ya no tienen deseos*”.

En lo que respecta a la trascendencia es preciso estar preparado para poder recibir lo superior como un don que acrecienta el misterio de donde se viene porque es como una muestra nada más de todo un territorio que debe existir y del que aparece aisladamente. El saber tiene el carácter de regalo, de cargo a veces para el elegido, es casi un estigma, una señal. Saber desmedido para el ser humano, que él tendrá que manejar con infinito cuidado, saber que procura la piedad porque piedad es el saber tratar con lo otro, con la alteridad. En tal sentido el lenguaje de la piedad se manifiesta en lenguaje sagrado, que es acción, tal como leemos en María Zambrano en una de sus obras: *En el lenguaje sagrado la palabra es acción. Son fórmulas que hacen abrirse un espacio antes inaccesible. La acción de lo sagrado es lo que parece proporcionarnos este espacio, verdadero espacio vital. (Hacia un Saber sobre el Alma, 1993, p. 40).* Y acción que

establece, revela, un orden sin pretensión de crearlo, con sabiduría inocente. Inocente porque no se sabe a sí misma, absorta en su quehacer. Por ende es todo un proceso de creación donde verse como invención de otredad, en imagen inacabada, naciente siempre en el tiempo.

Durante el siglo XX hasta nuestros días, permanece la necesidad de recurrir a una explicación “otra” de la realidad que la racionalista o positivista; a un pensamiento sincrético dado de varias corrientes teosóficas, ocultistas y esotéricas para el que es decisivo encontrar cauces de conexión con ancestrales conocimientos en los que se aúnan fe y razón, filosofía y poesía, para explicar un sentir el mundo como pleno de significados, donde la vida humana adquiere peculiares “misiones” en un orden único, en un universo.

En nuestra cultura occidental, de posmodernidad, de construcciones y deconstrucciones se ha convertido en urgencia la redefinición de la racionalidad humana no sólo por la necesidad de buscar puntos esenciales de unión del género humano, con vistas a supervivencia, sino también, de redefinir valores, de recuperar la espiritualidad en todas sus dimensiones, de regresar la mirada hacia la tradición y sortear el peligro de los absolutos.

El proyecto filosófico de Zambrano está esperanzado en la unidad de filosofía, poesía y sentimiento religioso que reclama el sentido esencial de *religare* que esta unidad implica, y porta una indudable carga humanística y agónica en su profundo anhelo por construir una “Humanidad Plena”. Filosofía, Poesía y Religión

necesitan aclararse mutuamente, recibir su luz una de otra, reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad, su unidad originaria.

La autora malagueña con su saber sobre el alma, abreva de las fuentes de diferentes doctrinas, filosofías y sistemas, siempre acompañada de la tradición, pero especialmente de los autores como Kierkegaard, Jung, Ortega y Gasset, Unamuno, Séneca. Su visión ecléctica y existencialista reivindica como forma de pensamiento propia, una razón que no se empeña en imponer su ley como lo hace la razón inmanentista, la razón postcartesiana, instrumento de poder sobre la realidad, sino que es una razón maternal, amorosa, comprometida con la vida, que es capaz de descender a los lugares más misteriosos y oscuros del ser humano. La historia de la razón poética nada tiene que ver en sus inicios con el transcurrir de la razón filosófica, que sigue otros derroteros. No nace con Parménides y sus esfuerzos por asentar un ser igual a sí mismo, sino con la tragedia. La tragedia muestra el conflicto asfixiante de una situación prenatal, en la que se ve ese rayo de luz que es el “ir a nacer” la salida, el despertar, que adquiere la forma de un “comparecer ante los otros”, inicio de la historia, donde se puede ver y ser visto. Al nacer el ser se arroja ciegamente al más allá de la luz, es el primer trascender, el que otorga la vida, y dura un instante, pero no tiene por qué permanecerse ciego al salir. María Zambrano evoca un extracto de una plegaria budista que para ella es Poética expresión de uno de los más hondos irrefrenables anhelos del ser humano: “Señor haz que yo vea mi rostro tal como era antes de que yo naciese” (Hacia un Saber sobre el Alma; 1993, p. 335).

El despertar trágico es un despertar en las entrañas del tiempo, en la atemporalidad, es el despertar originario y por lo tanto el nacimiento de la historia y el pensar, sin embargo, la filosofía y la historia se presentan como estando más allá del conflicto trágico, al que en cierta medida menosprecian; no en vano se dice que fue la filosofía quien mató a la tragedia cuando contaba con apenas doscientos años de vida.

La conciencia trágica es una conciencia inocente en tensión irresoluble solo puede ser mediadora, mientras que la conciencia pura de la filosofía impone un despertar continuo, convirtiéndose en perpetuo instrumento de poder sobre la realidad. Dejando a un lado, desdeñando esta originaria situación humana que es la inocente conciencia trágica, el racionalismo es un sueño, el sueño de la razón cuyos resultados no han sido ya trágicos sino catastróficos por cuanto han dejado al hombre en un vacío, en la orfandad.

Mucho antes de que existiera el pensamiento discursivo el hombre caminaba de la mano de los dioses, quienes desentrañaban el misterio y develaban la realidad que al hombre le era resistente y extraña. Los dioses abandonaron al hombre dejándolo huérfano, desasistido y la diosa razón ocupó su lugar. El hombre se hizo independiente de lo divino. Ahora camina solo, independiente y arrogante en una realidad en la que no existen las mediaciones. De ahí que la filósofa Zambrano nos concediera un método-camino conducente a la reinserción del ser humano en un mundo nuevo para una "Humanidad Plena" lo que para la autora española significa vivir en un universo común, en la comunidad de una esperanza y de una realidad, compartir la hora presente y habitar en suma, el mismo espacio vital, poblado de los mismos intereses y avatares.

CAPÍTULO I

Los dioses nos dan muchas sorpresas:

Lo esperado no se cumple y para lo inesperado un dios abre las puertas.

Eurípides.

Vida y Obra de María Zambrano

Los primeros años del siglo XX atestiguan el nacimiento de una mujer excepcional y una filósofa peculiar. María Zambrano nacía con este siglo para perpetuarse en él y caminar, así mismo con él, la historia y el pensamiento. España, Vélez-Málaga, fue su escenario natal y el día 22 de abril de 1904 se fija en los anales de España con su nacimiento.

Cuando contaba tres años de edad, sus padres se residenciaron en Jaén y más tarde en Segovia, donde don Blas se desempeñaría como profesor de gramática castellana en la Escuela Normal del Magisterio; allí fue colega de Antonio Machado con quien entabló una amistad entrañable. En esta Escuela María cursó el bachillerato.

A partir de 1925, María Zambrano ingresa a la Universidad Central en Madrid, y asiste a las lecciones de Ortega y Gasset, García Morente, Xavier Zubiri y Besteiro. Allí se vincula con los grupos intelectuales y se destaca por su intensa participación en los procesos históricos del momento. Inicia su producción literaria

con ensayos publicados en la *Revista de Occidente*, fundada por Ortega y Gasset, y su ejercicio docente, en calidad de profesora auxiliar de Filosofía en esa misma universidad y profesora del instituto-Escuela. En 1932 escribe “Teatro y universidad”, en la revista *Compluto*; “Frente Español”, en *Luz*. En 1934 escribe “Problema entre el Individualismo y el Estado”, en *El Sol*.

En septiembre de 1936, año en que estalla la guerra, contrae matrimonio con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave, y viaja a Chile acompañando a su esposo, quien debía trasladarse a ese país con el cargo de segundo secretario de la Embajada. Allí publica su primera obra; *Horizontes del Liberalismo*. A finales de 1937 regresa a España, primero a Madrid, luego a Barcelona y finalmente a Valencia. En Barcelona muere su padre. En Valencia se dedica a colaborar en la revista *Hora de España*, fundada por Rafael Diste, Sánchez Barbudo, Ramón Gaya, Juan Gil Albert y Manuel Altolaguirre, aquellos soñadores del proyecto de pedagogía popular.

El 28 de enero de 1939 cruza, acompañada de su madre, su hermana y su cuñado, la frontera de Francia rumbo a París. El siguiente refugio fue Nueva York y de allí parte hacia La Habana. De Cuba se traslada a México, invitada por la Casa de España en México para enseñar filosofía en la Universidad San Nicolás de Hidalgo de Morelia. Allí se integra activamente a la vida intelectual mexicana. Este año publica: *Pensamiento y Poesía en la Vida Española y Filosofía y Poesía*.

El año de 1940 regresa a La Habana, en donde permanecerá 13 años (1940-1953), con una breve interrupción de tres años (1946-49), invitada como profesora de la Universidad de La Habana y del Instituto de Altos Estudios e Investigaciones Científicas, siendo fiel a su necesidad de no permanecer en la retaguardia, con la intelectualidad cubana. Allí se incorpora al grupo liderizado por Lezama Lima, participando en la creación de las revistas *Espuela de Plata* y *Orígenes*. Estando en Cuba, viaja a menudo a dictar cursos a la Universidad de San José de Puerto Rico. En Cuba, escribe “La mujer en la historia” y “La crisis de la cultura occidental”, en la revista *Universidad de La Habana* (49).

El año 1945 se publica en Buenos Aires *La Agonía de Europa*. En 1946 debe viajar a París a raíz de la muerte de su madre, donde permanece hasta 1949. Allí comparte con Ciorán y se reencuentra con Octavio Paz, Jorge Guillén y el pintor Luis Fernández. Ese año 1949 regresa a La Habana, ahora acompañada de su hermana Araceli y permanece allí hasta 1953. En estos años circulan los ensayos que fueron recogidos en Buenos Aires bajo el título *Hacia un Saber sobre el Alma*.

El año 1953 sale de La Habana rumbo a Italia, residenciándose en Roma hasta 1964. Escribe *El Hombre y lo Divino* (1955), *La España de Galdós* (1960) y algunos ensayos breves, durante 1963, como “Josué y el pensar” “Cuerpo y alma”, “De nuevo los astros”, “Los caminos del pensamiento”, “Introducción a la pintura: mitos y fantasmas”, “El lugar de la

razón”, “Los cuatro elementos”, “Los símbolos”, en el semanario *Semana*, de San Juan de Puerto Rico. En 1964, en el mismo semanario escribe “La cueva de la pintura”, “De nuevo los astros”, “Mozart, un milagro musical”, “Quevedo y la conciencia en España”, “Recuerdo de Alfonso Reyes”, “Las cenizas de Giordano Bruno”, “La plegaria silenciosa”, “Cuerpo y alma. Sombra y luz”, “La sombra y el ángel”, “El espejo”, “La ciudad, creación histórica”, y “El Señor de la Aurora”.

De Roma se traslada nuevamente a Francia en 1964, y estando allí, en 1965, se publican *El sueño creador y España, sueño y verdad*, escritas con anterioridad. En el suelo francés escribe *La tumba de Antígona* (1967), *Obras reunidas* (1971) y una de las más hermosas de sus obras, *Claros del bosque* (1977), e inicia *De la Aurora*. En Francia se hace acreedora de una beca de la Fundación Fina Gómez de Venezuela que le permite mantener colaboración con las revistas *La torre*, *Papeles de Son Armadans* y *Revista de Occidente*, donde aparecen por primera vez sus ensayos sobre Edipo, Antígona, Kafka y Dostoyeski, antes de ser recopilados en libros.

En 1978 se traslada a Ferney Voltaire, Suiza, luego a Ginebra (1980) donde permanece hasta 1984. Viviendo allí recibe el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (1981) Ese año 1984 decide regresar a España, después del largo peregrinar de 45 años.

Allí escribe *Andalucía, sueño y realidad* (1984) y en el año 1986 termina *De la Aurora* y escribe *Senderos*. Recibe el Doctorado Honoris Causa por la Universidad de Málaga; el Premio Extraordinario Pablo Iglesias; la Medalla de Oro de Madrid y el Premio Cervantes (1989).

Para perpetuar la memoria de esta notable filósofa algunas instituciones (una Fundación, un Teatro, una Asociación Española de mujeres filósofas) llevan su nombre, así como una calle, la cual entregará a cada transeúnte su memoria.

Situación Política, Social y Económica de España

Para comprender el ideario filosófico de María Zambrano, es necesario asomarse a los acontecimientos que signaron la historia española durante el período que le tocó vivir.

España se presenta al siglo que nacía como una nación, otrora imperio, con fronteras geográficas restringidas al suelo europeo. Una severa crisis económica, política y de identidad permeaba el panorama social. Esta crisis de identidad, provocada por la pérdida de las últimas colonias allende los mares (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), estimuló el surgimiento de un movimiento nacional que comenzó a preguntarse en torno a la realidad cultural y social española. Este movimiento es conocido como la Generación del 98.

Este importante acontecimiento en el pensamiento español, expresado en la generación del 98, estuvo representado por figuras como: Miguel de Unamuno, Azorín, Pío Baroja, Ramón María del Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu, Manuel Machado, Antonio Machado (muy allegado a la familia Zambrano), Juan Ramón Jiménez, Jacinto Benavente, Ramón Menéndez Pidal, Manuel de Falla y Vicente Blanco Ibáñez. En medio de sus diversidades los unió la inmensa preocupación por los problemas y la realidad de España. Sus tratados filosóficos, reflexiones históricas y explosiones literarias y artísticas constituían la verdadera búsqueda ideológica, histórica, política y social, más que la ansiada identidad española.

La Guerra Mundial que golpeó a la humanidad durante los años 1914 y 1918 obligó a España a un replanteamiento económico. Su neutralidad en el conflicto favoreció este empeño.

Paralela al resurgimiento económico, se erige una vida intelectual de gran espíritu vitalizador, la cual hunde sus raíces en la citada generación del 98, generadora de un movimiento renovador que abarcó las esferas científica, artística e ideológica. Este nuevo impulso fue dado por la llamada generación del 27, a la que perteneció María Zambrano, de la cual hablaremos más adelante.

En 1923 se inicia la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, derrocando la administración del parlamento. Fue encargado del gobierno por Alfonso XIII. Para ello formó un directorio militar de nueve generales y un contralmirante. Logró la

pacificación de Marruecos en donde había fracasado la política colonial; alcanzó auge en las obras públicas, propició un desarrollo económico considerable y suprimió las libertades democráticas.

Es en este clima de crisis donde se levanta en España una generación de escritores que marcaron hito en la historia española. Hacia la década del 20 Europa inicia un nuevo impulso ideológico y artístico. Este impulso se refleja en España en la llamada generación del 27. Es sus inicios, se constituyó como un movimiento literario que por razones propias del devenir político español no pudo escapar de la reflexión, acción y opción política, así como de la necesidad de expresar a través de la producción literaria el drama vivido. A este impulso generacional pertenecieron figuras como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Emilio Prados, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, María Zambrano, Rosa Chacel, entre otros. En el caso de María Zambrano, muchos libros de historia de España no la nombran como integrante de esta generación y se restringe a dicha generación al ámbito poético, lo que nos parece errado porque obvia escritos no poéticos que surgieron del fragor de esa época y de escritores que pertenecieron al grupo, como es el caso de filósofos como María Zambrano. Pero, como se verá más adelante, es indudable que ella no sólo compartió como amiga del grupo sino que participó de las reflexiones y acciones del mismo.

Fue, inicialmente, un movimiento poético. Los poetas agruparon sus escritos en revistas que circularon entre los años

1926-1928. En 1927, al calor del sentimiento expresado en un homenaje a Luis de Góngora, firmaron un manifiesto donde expresaron como objetivo la búsqueda de la poesía pura.

Este grupo se fraguó con el intercambio intelectual de importantes representantes del surrealismo español, como Pablo Picasso, Salvador Dalí y Juan Miró. Dalí, Buñuel y García Lorca compartieron hospedaje en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Es en este espacio para la tertulia y la complicidad intelectual donde vio su nacimiento este grupo que más tarde sería reconocido como la generación del 27, cuyos anhelos podemos resumir en su desafecto a los principios burgueses, el arte del realismo y una revolución política, ética y estética.

De la “poesía pura”, estos escritores pasaron a la necesidad de optar por una posición política ante los cruentos hechos que vivía España y es así como llegan a agruparse en la revista *Caballo verde para la poesía*, que auspiciaba el chileno Pablo Neruda. Así mismo, la muerte de García Lorca, víctima de la guerra civil y la derrota republicana en 1939, desmanteló este movimiento, llevando al exilio a Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rosa Chacel y María Zambrano.

Paralelo a lo narrado, la crisis en la economía norteamericana de 1929, que también afectó a Europa, y el autoritarismo y terquedad de Primo de Rivera socavan el ánimo del Rey quien decide retirar su apoyo al dictador e intenta enrumbar a España de nuevo hacia la constitucionalidad. Es así como se

establece, en 1931, la Segunda República española, concretizada en el Pacto de San Sebastián en agosto de 1930, donde concertan nacionalistas, socialistas y republicanos, formándose un frente único que obtuvo el triunfo en las elecciones municipales de 1931.

Ante este triunfo, y sintiéndose sólo, el rey Alfonso XIII decidió exiliarse. El 14 de abril de ese mismo año se proclamó la Segunda República. Las elecciones de junio dan el triunfo a socialistas y republicanos de tendencia de izquierda. En diciembre se aprueba la nueva Constitución, la cual se caracterizó por su énfasis laico y democrático. Se adelantaron reformas sociales; se le otorgó autonomía a Cataluña a través de un estatuto y se inició una reforma agraria.

Pero este resultó un triunfo de muy corta vida, pues en las elecciones de noviembre de 1933 triunfa la Alianza Conservadora. Esta Alianza Conservadora estuvo representada por la Confederación Española de Derechas Autónomas (Ceda), el Partido Radical y los monárquicos. El nuevo gobierno no da continuidad a las reformas sociales iniciadas en 1931, lo que trajo como consecuencia la revolución de octubre de 1934, sofocada cruelmente.

En febrero de 1936 se realizan nuevas elecciones, logrando el triunfo el Frente popular, alianza de partidos de izquierda y republicanos. Con este triunfo renacen las reformas sociales, se adelanta una aguerrida reforma agraria, se decreta la amnistía y Cataluña recupera su gobierno autónomo. Este proceso fue más

efímero que el de 1931, porque estalla una cruenta guerra civil que dio al traste con este triunfo.

En julio de 1936, el ejército colonial de Marruecos se subleva, extendiéndose un proceso de rebelión por toda la península. En diciembre del mismo año Francisco Franco es puesto al frente del ejército rebelde.

Es importante hacer notar que esta guerra civil tomó visos de un conflicto internacional, pues ambos bandos recibieron ayuda extranjera. Los republicanos fueron apoyados por brigadas internacionales de diversos países, entre ellos Rusia y México, y los rebeldes por Italia y Alemania. Esta guerra civil vio su fin en abril de 1939, tras cruentos enfrentamientos, lo que permitió el ascenso de Francisco Franco como jefe del estado español. Pero la realidad española era cruel: un país quebrado económicamente, una población diezmada y aterrada y dos bandos (franquistas y republicanos) en constante pugna.

La naciente dictadura anuló las reformas sociales; el Estado, hasta ahora laico, se declara oficialmente católico e instauró un gobierno de corte fascista, representado en un partido único, lo que inactivó oficialmente otras organizaciones políticas y sindicales.

El panorama mundial, escenificado por una guerra mundial (1939-1945) empeoró la situación interna española, retardando su recuperación hasta bien entrados los años de 1950. Pero muy pronto el gobierno de Franco ganará el apoyo de los poderes económicos internacionales. En 1953 éste firma un acuerdo con Estados Unidos a través del cual cede bases militares. En 1955 ingresa a las Naciones Unidas y a partir de 1960 comienza un desarrollo económico considerable. En 1970 se firma un acuerdo preferencial con la Comunidad Económica Europea. En 1975 muere Franco, pero antes instala en el gobierno a Juan Carlos de Borbón, nieto de Alfonso X, restaurando así la dinastía monárquica. Esta dictadura de cuarenta años de duración signó a España de hondas frustraciones políticas.

El 22 de noviembre de 1975 Juan Carlos I fue proclamado rey. Su primer jefe de gobierno, Carlos Arias Navarro, no dio la talla en este proceso de transición, y en 1976 es sustituido por Adolfo Suárez, el cual inicia un proceso de democratización del gobierno eligiéndose unas cortes democráticas que en 1978 elaboran la nueva Constitución y se realizan elecciones libres. Estas elecciones ratifican a Suárez en el poder en calidad de líder del partido Unión de Centro Democrático, pero este dimitió en enero de 1981.

En 1982 se celebran nuevas elecciones y resulta electo jefe del gobierno el candidato del Partido Socialista Obrero Español

(PSOE). Esta victoria se repite en las elecciones de 1986, 1989 y 1993.

La Unidad Española

Es importante mencionar que María Zambrano desde su época de estudiante manifestaba su preocupación por la “Conversión de España”; ya desde entonces pensaba que en la filosofía no residía la solución que hiciera posible tal conversión, al contrario, pensaba que se encontraba en el poeta quien era menos cuerdo y más trágico que el filósofo.

El 29 de julio de 1931, luego del triunfo republicano, María Zambrano escribe “Castilla a solas consigo misma” en el diario *Segovia Republicana*. Para Zambrano la República proclamada el 14 de abril de 1931, significaba el levantar la losa que asfixiaba al cuerpo español. Un cuerpo que sufría constantes amenazas por la lucha entre clases sociales a lo cual había hecho referencia Ortega y Gasset como un gran peligro junto con el crecimiento de los nacionalismos periféricos.

La filósofa española piensa que la unidad es algo que se construye por medio de un elevado ideal a realizar y no por el conjunto de factores geográficos, lingüísticos y religiosos. Por lo cual nos afirma que: “... *Unidad que enriquecerá al mundo, y que de lograrse sólo ellos podrán intuirlo, forjándola en un combate*

sin tregua, con diplomacia y energía sin medida". (Hacia un Saber sobre el Alma, 1993, p. 77).

María Zambrano considera que es la lucha de clases y no los nacionalismos periféricos, la amenaza real a la integridad de España como proyecto.

Sin embargo, Castilla se llenó de vanidad lo cual le hizo creer que el imperio era algo consustancial con su existencia, y también olvidó que la unidad es algo que se construye, que se hace.

Los tiempos ya no son los mismos, ya no se descubren países, ni hay reformas qué ahogar. La cuestión no es de regiones ni de provincias sino de los hombres y sus problemas.

En 1931 la Unión Federal de Estudiantes Hispanos convocó a un congreso que tenía por finalidad efectuar un reajuste con la nueva situación, es decir, hacer un profundo análisis en torno a los problemas que se estaban confrontando con la dictadura de Primo de Rivera, y luchar por el advenimiento de la II República. El afán universitario y el afán político estaban en una lucha constante, por un lado quienes deseaban una universidad nueva, renovada, y por el otro quienes deseaban que la universidad se convirtiera en un fin político.

El grupo político “Frente Español” formado en 1932 e inspirado por Ortega y Gasset, quien emergió como respuesta a los problemas existentes. En primer lugar al problema que Ortega llamaba “desnacionalización”, causado por la acción de intereses partidistas y la lucha de clases. Era un grupo independiente buscaba una respuesta al problema de la división de clases y que intentaba velar por todos los intereses de la nación.

La Constitución ha sido la consecuencia de las transacciones de algunos partidos que jamás han representado la voluntad ni las necesidades de España. La idea de la Nación Española, la aspiración de tener una empresa para todos en un solo pueblo no ha sido la intención de los grupos políticos, quienes han mostrado una total ignorancia en lo que respecta al interés real por España que no atiende precisamente a ningún partido político, a la vez que existen medidas económicas sin unidad, lo cual genera una crisis en la producción y por ende hambre y fin de la sociedad. Por otro lado “Frente Español” fue una réplica a la crisis del estado de *laissez-faire* criticado por los comunistas liberales.

Identidad en España

Uno de los temas de mayor preocupación en la literatura y el pensamiento político y filosófico español desde la Edad Media hasta hoy está relacionado con España, con el ser y hacer de sus habitantes para lo cual se exige llegar a una profunda reflexión

sobre el problema de la identidad nacional. España ha sido objeto de innumerables estudios sobre el enigma de su alma colectiva. La generación del 98 y los intelectuales que fueron exiliados después de la guerra civil dedicaron hondos esfuerzos a la comprensión de su patria. María Zambrano perteneció a este grupo de estudiosos, así como también el filósofo proveniente de Cataluña Eduardo Nicol.

En 1947 Eduardo Nicol escribió un ensayo denominado *Conciencia de España*, el cual fue publicado 6 años después. Este intelectual español considera urgente la necesidad de hacer un análisis crítico de las consecuencias que tuvieron las reflexiones auto-contemplativas para el desarrollo de España. Nicol se refería especialmente a su propia generación, quienes se habían dedicado en el exilio a estudiar y descifrar la singularidad esencial de España en contraste con Europa.

Este pensador se encarga de desarticular los mitos que la generación del 98 había edificado en relación con la idea de España como comunidad espiritual o conciencia colectiva, con el Quijote como receta metafísica de la nación y le hace una fuerte crítica al concepto de esencia o espíritu nacional, pues consideraba que ninguna nación tenía esencia, mucho menos España.

Desde la perspectiva esencialista, el binomio España-Europa criticado por Nicol es el tema nuclear en una parte de gran

importancia en la producción de la filósofa malagueña María Zambrano.

En la hermenéutica del binomio España-Europa que propone Zambrano se puede observar la manifestación del anti-historicismo radical de la autora, al mismo tiempo que la razón poética se da allí como razón práctica y un método adecuado para aprehender realidades latentes, trans-históricas, tanto en forma individual como colectiva. En tal sentido la autora nos afirma: “... *Y los sucesos de nuestra historia, lo que real y verdaderamente ha pasado entre nosotros, lo que a todos los españoles nos ha pasado en comunidad de destino, aparecen como en ninguna otra parte en la voz de la poesía*”. (*Pensamiento y Poesía en la Vida Española. 1939, p. 70*).

Si consideramos el pensar zambraniano podemos decir que contiene la esperanza en los tiempos críticos por los que atravesaba la modernidad europea del siglo XX, esperanza que estriba en recuperar la fe en los derechos ultrajados y ocultados por lo irracional.

El hacer hermenéutico de Zambrano sigue un método fenomenológico que expresa lo que Husserl y Ortega habían dejado entre paréntesis.

En tal sentido, la objetividad de los hechos históricos en la opinión de María Zambrano se sustituyó por una objetividad cuya base es el pulso pasional del sujeto de la enunciación. Por ende el objetivo de la razón poética amplia y unificadora, como lo definía nuestra autora, está en hacer emerger desde las profundidades hacia la luz, pero sin eliminar las sombras, realidades latentes del alma propia individual y del alma colectiva de España y Europa.

El marco histórico real de donde se originó este pensamiento fue el exilio, el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y la destrucción de Europa. María Zambrano se centró en un discurso totalmente religioso, místico o gnóstico, sin ninguna referencia de tiempo, ni espacio.

Los planteamientos de carácter histórico-cultural de la pensadora española tienen un fuerte vínculo con la circunstancia de su época; no han cambiado a lo largo del tiempo, lo que sí se ha transformado es el carácter radical en relación con la fuerte crítica que le hace al racionalismo e idealismo.

EL EXILIO

Para María Zambrano el exilio constituye una verdadera paradoja de la vida, una negación total del yo en el que se percibe el desarraigo, así como cuando se cortan las raíces de un árbol que siempre hemos visto desde niños, anulando las esperanzas para

entender con profundo dolor que todo exilio nos impele al encuentro con lo sagrado, con lo inefable, con las entrañas del vivir, en el que el presente se convierte en ese libre fluir entre pasado y futuro, originándose una nueva conciencia que pugna por la trascendencia sin olvidar que debemos sembrar nuestras raíces en el pasado para darle luminosidad a la oscuridad de la historia.

El nacer de nuevo es la metáfora con que María Zambrano nos expresa el sentido del exilio. Ese desprendimiento de nuestro lugar original se rememora cuando se llega a otra patria.

Nuestra querida patria que es lo mismo decir lo idéntico, lo de uno, ese lugar sagrado donde tiene lugar la mediación, los sitios en que hemos estado que son los centros de lugares conocidos, la casa, nuestros familiares, los íntimos amigos, son los grandes tesoros que se vivifican en el exilio y que en su ausencia los amamos y se tornan tan vivos; cada gesto, cada palabra, cada pequeño y gran acontecimiento adquieren una brillante luminosidad; por lo tanto se hace imposible construir un nuevo horizonte.

La autora malagueña desde su exilio siempre llevaba consigo el recuerdo vivo del lugar que cobijara su nacimiento, (Vélez-Málaga) donde se mantienen vivas las historias de Don Quijote, donde cada uno de los personajes de Cervantes le cantó a este lugar inolvidable para nuestra malagueña.

La filósofa Zambrano recordaba como una manera de vencer la extraña y sombría resistencia, como su primer itinerario, el experimentar un arriba vestido de luz, su ascenso desde el centro del patio de su casa en brazos de su padre hasta tocar las ramas de las matas de limón que se erguían con fuertes raíces para impregnarse de la luz matinal que como en donación recurrirá a calentarle el alma.

Zambrano siempre percibió en su infancia la presencia constante de la soledad como tratando de escapar de la temporalidad, del tiempo que abarca a lo cotidiano para estar en un tiempo propio, sagrado de transmutar la multiplicidad del tiempo ido, perdido, por un solo instante, único, compacto y eterno.

Con frecuencia visitaba el mausoleo donde yace San Juan de la Cruz, ante quien experimentaba una profunda devoción y felicidad, imborrables recuerdos de adolescente que luego le llevarán a escribir un ensayo titulado *Un lugar de la palabra: Segovia*.

Cuando conoció a sus maestros por primera vez pudo sentir de una manera extraordinaria y particular su papel como discípula; el pensamiento de sus maestros caló profundamente en su pensar, con autenticidad, lo cual solo es posible desde el seno mismo de la soledad.

La primera impresión que recibió de *Meditaciones del Quijote*, uno de los libros que más recordaba y citaba; fue vislumbrar que no eran meditaciones sobre el Quijote, sino el mismo don Quijote quien estaba acostado, meditando.

Entre los recuerdos que mantenía latentes estaba el momento en que cruzó la estrecha frontera, lo que para ella fue como si toda España se estuviera vaciando; una gran procesión huía, de la guerra, camino del exilio.

Era el aura la que marcaba los pasos nuevos por transitar, el alba es el lugar donde María Zambrano ansía una revelación, una luz que ilumine su comienzo, su primavera, que llene su trabajar, su moldear el tiempo “Me hice perdidiza y fui ganada”. Si queremos encontrar las fuentes definitivas y últimas de un pensamiento que tiene fuertes vínculos con antiguos saberes debemos indagar en *Don Quijote y en el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz*, saberes lamentablemente olvidados en el camino, desdeñados, los que sin embargo son el horizonte donde nos dirigimos en busca de la palabra perdida, cuando sale la aurora. La nostalgia de la tierra cuenta con el sesgo psicológico con el que se destaca en su trayecto como exiliada; este es un tema que le sirvió de reflexión y en el cual se había detenido antes de que tuviera lugar este importante y definitivo acontecimiento en torno a cual se origina la razón poética; sin embargo el exilio materializará la dinámica, la vivencia a la que María Zambrano había hecho

referencia tomando como eje la situación no únicamente política de Occidente.

Desde esta perspectiva podríamos distinguir en su complejo trayecto vital y teórico de nuestra filósofa momentos bien diferenciados:

En un primer momento está la etapa de la niñez, a sus estudios e inicios de su actividad profesional, por ende hasta el comienzo de su exilio se pueden encontrar las bases de lo que constituye su “razón poética”. Sus primeros pasos en sus lecturas, los primeros lugares en los que se encontraba, su padre, su hermana Araceli de la que nunca se separó, sus maestros, su enfermedad, la política, fueron los acontecimientos que le brindaron la plataforma de un pensar, la manera en que enfrentaría la guerra devastadora y sus consecuencias.

La segunda etapa la conforma su largo exilio, más de 45 años, que le sirvió como núcleo fundamental para edificar su pensamiento, es decir, para su aporte. En este período existe una “geografía del exilio”, es decir, que de acuerdo a cada lugar obtiene un cúmulo de experiencias las que le darán nacimiento a su pensar. Coincidentalmente cuando llega al continente americano también se origina la polémica en torno a España y la historia como problema. Múltiples propuestas emergen. El retorno a Europa, de diagnósticos y terapias, la muerte de su madre y después la presencia de su hermana Araceli en su vida, marcaron

decisivamente una inflexión, el camino de la “razón mediadora” con sus momentos álgidos a la “razón poética” que se presentaba fragmentaria y dispersa, y es la hora de recibir la palabra.

La tercera etapa, su regreso, tiene el significado del encuentro de la voz que corresponde a la palabra, el acercamiento con la propuesta de proyectos teóricos que caracterizaron sus últimas obras y el inicio de circulación de sus ideas entre círculos cada vez más amplios, más abiertos.

En la biografía intelectual de Zambrano se expresa claramente la “nostalgia de la tierra” y la misma a la vez, se dirige a las “entrañas”, se hace obligatorio detenerse en ellas en su condición de “sede del padecer”, puesto que los sentimientos constituyen “el alma”, lo que se traduce frente a la conciencia que separa, que marca distancia, el nexos con lo que existe: tener cuidado de este vínculo es resuelto por la piedad, del saber tratar con lo otro a lo cual María Zambrano dedicará una profunda reflexión.

Adoptar la “lógica del sentir” al mismo tiempo tiene un punto de coincidencia con la aproximación a la tradición filosófica: al acercamiento de filósofos como Platón, Plotino, el Pitagorismo, unida su atención a la literatura racionalista a la que considera que ha llegado a su fin y obliga a una recuperación crítica.

Desde la perspectiva de estos dos extremos se da el comienzo y el fin de una tradición, va emergiendo un vocabulario que responde a la línea de un pensamiento que se detiene en las cosas y se atiene a la ley de corporeidad.

Uno de los núcleos de su reflexión se basa en el tema del “desprecio al orden de las cosas” lo cual le posibilita la conexión de dos dimensiones: en primer lugar la situación histórica que vive Europa con el establecimiento del fascismo y el límite, ya bastante evidente, en una civilización que desde sus inicios funda una realidad en un acto de violencia destructora. Ante este camino por el cual se orienta nuestra cultura, cuyos efectos son tan notorios, no queda otra alternativa que restaurar la piedad que nos otorga un lugar entre todas las dimensiones del ser, entre los diferentes seres de una manera adecuada.

Para resolver la interrogante de cómo darle corporeidad y peso al mundo y seguir la llamada de la tierra, siguiendo el orden de las cosas, es preciso detenerse en la narración que la filósofa malagueña nos otorgó a lo largo de su existencia: el comienzo de su actividad como intelectual, la etapa de estudiante a la cual le anexa la política.

Si el máximo tiempo en la temporalidad le toca al presente, este precisamente es el sitio de la razón poética, de una razón que no impone su ley, que no se nombra, ni procura establecerse a sí misma. Es una manera de conocimiento, o una razón que se dirige

a las cosas y seres más humildes, sin límites previstos, que no tiene definición alguna, En tal sentido se muestra antipolémica, humilde y dispersa.

El presente viene siendo el tiempo de la vida y esto es sinónimo de apertura de futuro. El presente es lo más vivo que existe; la actualidad de la vida, libre de residuo alguno, libre de todo obstáculo. El presente que cuando renace en el tiempo se convierte en porvenir, la vida que transforma todo en vida, trayendo consigo el pasado íntegro en estado naciente, como recién inventado.

El papel de la tradición real es hacer que el pasado renazca, se encarne en el hoy y se convierta en el mañana, en una cristalización de permanente “verificación de la esperanza”.

Es importante resaltar esta dimensión de futuro que contiene el pensamiento de la autora malagueña “en el orden del tiempo”, puesto que es fundamental tomar en cuenta que en ella consiste la posibilidad de la vida, cuyo rango propiamente humano consiste en mantener abierto el futuro.

El futuro debe tener un soporte para que sostenga la vida, de lo contrario pasaría a ser una deidad exponiendo su tiranía, lo que representa un peligro al que la filósofa malagueña Zambrano hace referencia en su tematización de la Historia como sitio de

confinamiento de quien se ha convertido en un exiliado del universo, al mismo tiempo que ha perdido sus mediaciones con éste.

Desde el momento en que la vida se propone crecer más, interpone su cuerpo, buscando espacio. Sin espacio, sin mediación del cuerpo y de su propio peso, la nostalgia se convierte en peligro ante el cual hace un fuerte llamado de alerta para que se regrese hacia el pasado, para que dé las pautas en aras de abrir nuevos espacios y perspectivas.

Después del exilio se evidencia en la escritura de la filósofa española una transformación de planteamientos a una clave mística, lo que le hace interpretar la historia de una forma muy peculiar. Esto se va acentuando cuando pierde la esperanza de que un cambio político en su país dé lugar a su regreso a España. Todos estos acontecimientos en su tránsito existencial, van cambiando la perspectiva de un planteamiento histórico concreto y decide dejar a un lado la historia para escribir ensayos fragmentarios de carácter metafísico relacionados con la búsqueda de verdades eternas que solo les es dado conocer a seres especiales, náufragos de la historia, que lo reciben por revelación.

María Zambrano estructura su pensar, aun cuando es soterrado, con el racionalismo, el positivismo, y los historicismos, sin llegar a fundamentar racionalmente por qué estos sistemas habían cometido errores en sus intentos.

La razón poética de Zambrano representa una vida original en oposición a la razón. En el discurso expuesto por nuestra autora se pueden observar características eclécticas y ambiguas y aún más en lo que se refiere a los ensayos de temas políticos, culturales o históricos, lo cual puede traer confusiones en su interpretación, pues generalmente se prescinde del hecho de que lo que plantea posee carácter metafísico y no histórico. Frente a los enigmas de la vida, la actitud de Zambrano tiene que ver fundamentalmente con una concepción religioso-mística del mundo.

Durante el primer año de exilio en 1939 María Zambrano dictó tres conferencias en México, en contra de los intelectuales de su generación: se retira del historicismo para entregarse a la investigación acerca de la etno-psicología española.

La principal finalidad de Zambrano estriba en definir a su Patria ya no desde una perspectiva histórica, sino como una esencia ontológica y en investigar para poder determinar las características del sustrato originario y oculto del alma hispana. Zambrano considera que el conocimiento español frente a Europa es racio-poético, asistemático, disperso y peregrino.

Diferencias entre Exilio y Destierro.

Un gran número de pensadores españoles fueron exiliados durante la guerra civil. Una de las figuras más destacadas es María

Zambrano de influencia orteguiana, quien dedica sus reflexiones al tema del “exilio”, y aplica el circunstancialismo de su maestro Ortega en forma auténtica a su propia experiencia, presentándonos una nueva dimensión filosófica del exilio desde una perspectiva religiosa de la revelación, pero siempre en los límites de lo sagrado, exponiendo el carácter cultural que tiene la religión como fenómeno específico del hombre concreto.

María Zambrano marca la diferencia existente entre el exilio y el destierro. En el destierro no se origina ese sentimiento de abandono, el desterrado es expulsado y de esta manera se siente. En cambio el exiliado viene a ser como si estuviera extasiado es decir, alguien que está fuera de sí, aunque a diferencia del extasiado no por su propia voluntad, sino que está literalmente “sacado de sí” que es sinónimo de “expulsado”. El exiliado recorre muchos lugares sin encontrar en ninguno dónde sembrar sus raíces, camina como un nómada en una profunda desolación y desamparo dejando una honda huella en éste.

Zambrano, entre otros, se dio a la tarea de desarrollar una filosofía de la expatriación, construida como fenomenología del exilio en la cual se le dará gran importancia a conceptos y categorías filosóficas, de gran profundidad, respecto a un acontecer en el hombre, las cuales se encontrarán la violencia, el desamparo, la promesa, el misticismo, la soledad, la cultura, la confesión, la identidad, la alteridad, la sacralidad, los valores y otras relativas a la noción experiencial de expatriación.

La autora malagueña propone la necesidad imperiosa de una “epistemología de la Revelación” en la que el pilar fundamental sería su concepción del ser humano. En el inicio de la creación se encuentra la vida, es decir, la vida como un acontecimiento que manifiesta la infinitud. Cada forma concreta se da sistemáticamente, en la aparición del sujeto. Es este el principio propuesto por la autora malagueña. De otro modo la vida toda, infinita, tiene su forma específica de revelarse, cuya finitud y limitación tiene la paradójica y única capacidad de encerrar lo finito e ilimitado. Esto es lo que significa para María Zambrano la estructura de la realidad. Esta Ontología da por sentado que la vida humana concreta del sujeto humano depende exclusivamente del ser que es, es decir, la experiencia de la vida depende de la óptica “desde un ser”. Por ende, el ser humano permanecería escindido entre su experiencia de vida en la tierra y su origen, su construcción tanto originaria como original. Esto nos lleva a pensar en la idea del exilio, un exilio al que podemos llamar ontológico, puesto que el hombre concreto se encontrará confinado en la historia, si comprendemos la historia como rebeldía en contra de la vida y del ser mismo, algo así como un “tercero en discordia” donde el ser humano encontró su refugio. La distancia adquiere un gran significado para el exiliado.

En la experiencia del exilio se origina el sentimiento de pasividad, de la vulnerabilidad la cual debe experimentar el exiliado al sentir una sensación de fragilidad que luego se traduce en revelación. En el exiliado se da la particularidad de ser visto por todos los lados, sin poder ver él mismo. Está ciego frente a lo

que le rodea, es esta la razón por la cual necesita revelarse, manifestarse, salir de sí, para poder llegar a ser el guía de otros que también están impedidos de ver la luz. Este es el más grande acontecimiento sucedido a un exiliado: La visión misma, de la que se desprende para darla a otros, quedando en este acontecimiento un sacrificio sin nombre a la eternidad de la oscuridad, con suma autenticidad y profundamente sincero.

Para la filósofa española el tiempo en el exiliado se conduce ambiguo, y su ambigüedad es revelada haciéndose más importante gracias al fenómeno del exilio. La temporalidad irónica va tomando en cuenta la imposibilidad de sacudirse de la enracina, hace pasar por la dura prueba del abandono, en la que la espera y la esperanza se agudizan, estableciéndose una lucha absurda en la que siempre el tiempo será el triunfador.

La temporalidad para la autora malagueña, es actualidad pura, es acto cruel y patente, al que se opone la pasividad generosa del preso exiliado que se convierte en el casi, pero quien aún no es. El tiempo tiene como misión el descubrir la actitud de exiliado, y en su intención desesperada como última posibilidad que quiere salir del tiempo, para situarse en el futuro que llega a ser profeta, para llegar a tener lo que había dejado de tener, presente para entregarse al futuro, que como dios desconocido es el trasfondo del tiempo, es decir, no es reconocido puesto que ha sido despojado de la identidad, es aquel que no está en ningún lugar y que, por lo tanto, no es nada ni nadie. Aun el indigente es

en su indigencia alguien que representa algo y está además, ubicado en un sitio específico. El exilio no es ubicuo topográficamente y por ende no es un sujeto, ni histórico, ni temporal. El tiempo y la historia se convierten en una amenaza permanente que no lo captarán en forma tal jamás, sin embargo lo perseguirán hasta la muerte.

María Zambrano presume que el exiliado halla identidad en la aridez, en lo estéril. La conciencia de una actualidad cruel lo conforma. Por ende el sueño no le es permitido, por lo que se le hace imposible desde este trágico insomnio encontrar alguna relación total entre las categorías temporales a las que estaba acostumbrado. Todo se presentifica. Pasado y futuro se tornan sin sentido.

En torno al desamparo Zambrano desde su perspectiva fenomenológica lo considera como un sentimiento necesario para que sea posible la aparición de la inmensidad, es decir, la inconmensurabilidad estéril del desierto por el que el ciego arrastra sus pasos. Si no existiera el desamparo tampoco existiría el exilio verdadero. No obstante todos éstos especialmente el refugiado se entregan a un seno que tiene la voluntad de recibirlo utilizando mediaciones. El exiliado por lo tanto tiene la particularidad de no sentirse solo, sino de saberse solo. En esto consiste el desamparo.

En relación con el tema del exiliado la autora española hace referencia al concepto de libertad. Para ella la libertad consiste en la ausencia de límites o en la falta de mediaciones a las que acudir; es mera ilusión aunque sea bastante común, pues la soledad del exiliado no es selectiva, sino más bien necesaria. Su determinación se debe únicamente a la violencia del abandono inicial. En tal sentido para la autora malagueña se hace necesario formular las categorías del “yo” y del “otro”. El “yo” se concibe como único y siente aquello que está fuera de sí mismo le puede pertenecer. Si la vemos desde ese ángulo la alteridad se convierte en una amenaza para el “yo” y éste, lejos de ser generoso como el comienzo, intenta aniquilar a los otros, que son a la manera de Hegel “enemigos mortales”. Estos serían los peligros que giran alrededor del exilio y en los que la autora en cuestión centra su atención analítica.

Por lo tanto el exilio conlleva a una revelación de la patria, pero esta revelación le exige al exiliado que no intente búsqueda alguna, únicamente en la esperanza puede sobrevivir, como aparición, la patria, por lo que para María esta categoría es básicamente histórica, en cambio la tierra y el lugar tienen un carácter más metafísico y etéreo, aunque también se da a la inversa que es la patria la que realmente ha creado el exilio.

Zambrano aplica su análisis del exilio a la tumba de Antígona: Es Antígona la que sufre el desamparo hondamente, es la abandonada radical: Abandonada por todos y hasta por los

dioses por lo que su vida se convierte en una esterilidad total, vacía, sin significados, camina a solas privada de la visión, sintiendo la irónica sonrisa del tiempo, descubriendo la inmensa soledad y sintiendo el peso y la autoconciencia de la desolación, sin nada en que sostenerse ni agarrarse, con el peligro amenazante de llegar al extremo de considerar a la alteridad como enemiga, sintiendo la tentación de aniquilar a quienes constantemente la amenazan.

Nuestro paso siguiente en este recorrido auroral será adentrarnos en el estudio del pensamiento filosófico de María Zambrano.

Cuando Aristóteles subió a las altas esferas, algunos pitagóricos se hallaban en su borde esperándole. Le tenían a su albedrío, pero, gente de dulce condición, se limitaron a ponerle una lira entre las manos, le entregaron unos papeles de música y le dejaron solo.

Él se puso enseguida a estudiar; y aprovechó. Pero tenía los dedos un poco duros para tañer. Al cabo, para no aburrirse, se entusiasmó en ello, lentamente. Pero nadie acudía. Nadie de aquellos porque ninguno en verdad tenía que venir. La clave de todo estaba en la sentencia de un pitagórico para él desconocido: “La Música es la aritmética inconsciente de los números del alma”. Y sólo cuando Aristóteles - el así llamado por la Historia-encontrase, y no en teoría, sino haciéndolo sonar, los números de su propia alma, se levantaría de allí. Nadie le aguardaba; nadie tenía que venir a levantarlo. Él solo se levantaría al escuchar en música los números de su alma. Y así fue.

Mas, antes... antes hubo de padecer —entendimiento en suspenso—, muchas cosas hubo de pasar por todas; por el amor, por la locura, por el infierno. Pues la escala musical completa así lo dice: “Día-pasión”... “Día-pasión”. Hay que pasar por todo para encontrar los números de la propia alma.

(M. Zambrano, “Tres delirios: la condenación de Aristóteles”.: Origenes35, 1954).

CAPÍTULO II

Pensamiento Filosófico de María Zambrano

Cuando nos sumergimos en el pensamiento filosófico de María Zambrano nos convertimos en iniciados y con honda inspiración somos guiados por las intrincadas veredas que conducen a lo imposible, a lo ilimitado y a la incertidumbre, lugar sagrado donde nunca se agotan las auroras y en el cual la palabra se halla sostenida en lo más alto de la luz, fluyendo con suma fuerza desde la voz del silencio, denotando la sed nacida de la vida como transparente indicio de que ha llegado el momento de cristalizar nuevas presencias, ante quienes el pensamiento y la razón retroceden atemorizados para dar paso a la sabiduría del mundo, es decir, a la nobleza y plenitud que contiene todo saber, como el más grande ideal humano.

Esas presencias humanas en las que se va deshojando como pétalos el acontecer humano: sus vicisitudes, pasiones, historia, padecer, delirio que en íntimo secreto busca anhelosamente el sitio en la conciencia desde donde brota como rayo de luz refractaria lo que le atormenta: sus esperanzas, divisiones y hasta delirio hacia el logos, la palabra que ha sido liberada del lenguaje, el resurgimiento de la palabra que es la base y al mismo tiempo lo que fortalece a la realidad sustentándola constantemente. La palabra sin pronunciar que cabalísticamente representa al nombre de Dios, lo inefable, lo desconocido, lo que nos acoge en su regazo, en toda su inmensidad.

La presencia, la palabra, el logos... a lo que ella llama "La Santa realidad sin nombre"... sin nombre porque es la palabra liberada del lenguaje, la aurora misma de la palabra, la fuente y sustento de lo que llamamos real (Premio Miguel de Cervantes, 1989. p. 90).

María Zambrano desde una profunda reflexión pone a prueba la renuncia a la filosofía sin renunciar totalmente a ella. Su manera de hacer filosofía proviene de las profundidades de un pasado que reclama ser visto nuevamente, que se resiste al olvido, a la fría ausencia, al silencio. Desde el núcleo de ese lugar perdido nuestro lamento toma voz, no para indagar sino para dar un clamor por aquello que sentimos sin ser visto, y que ha corrido a esconderse en las sombras de la filosofía la que representa el mundo de la claridad, de las evidencias, de lo seguro, uniforme en la conciencia enmascarado en la identidad del puro pensar. María nos dice que:

El resurgir de las múltiples tradiciones que la cultura Occidental arrastra consigo. Muchas de éstas han caído en el olvido a través del tiempo. Pero aunque desdeñadas, han permanecido ahí, arraigadas en el pasado, sustentándolo. (Claves de la Razón Poética. 1998. p. 122).

El Método

Al mundo de lo no iluminado, en lo más elevado, en las penumbras, en lo oscuro, en lo olvidado por la conciencia es a donde María Zambrano quiere llegar para extraer de la misma conciencia su mundo desdeñado por la razón y otorgarle a ese mundo una lámpara encendida de esperanzas que alumbrará a un nuevo saber sobre la experiencia humana. De esta brillante luz deviene el método maternal con respecto a la vida propuesto por María Zambrano, en el que obliga a la filosofía a una renovación constante que esté conectada con las raíces ancestrales del saber, ignoradas, olvidadas y atropelladas tanto por la filosofía como por la ciencia. Este método se encamina hacia el encuentro de una nueva vía que sea accesible a los parajes del alma, utilizando medios dionisiacos para sumergir el alma en lo más profundo del anhelo del vivir. Tal es la consideración de María cuando se:

Trata de realizar un rescate no sólo de la filosofía, sino de sus múltiples relaciones con otros géneros del saber que parecieran ser respuestas al cuestionarse humano, al modo de ir haciéndose humano, en esta permanente e inacabable búsqueda de un lugar para el hombre en el Cosmos, el lugar donde pensamiento y vida puedan de algún modo acompañarse. (Premio Miguel de Cervantes, 1989. p. 120).

Por otro lado pone en cuestión la representación, el puesto que el hombre tiene en el Cosmos, el papel que representa en ese

drama esencial del Universo y la manera como lo vive, el papel otorgado en su padecer; es aquí donde no queda otro camino sino entregarse a ese movimiento ondulatorio y en espiral de la luz que se anida en lo más hondo del alma, para envolvernos en la idea de comunión con todo el Universo, sin dejar de sentir a la vida como drama, con sus mareas altas y bajas, sus tormentas, sus constantes cambios y renacimientos, metamorfoseándose para emerger como la débil planta que aprovecha la hendidura del asfalto dando constancia, presencia de sí misma que nace para morir y muere para nacer simbolizando al Uroboro, la serpiente que en constante movimiento circular no suplanta la verdad sino que representa lo que es y se da a conocer como es, dejando a un lado el concepto para dar cuenta de la presencia y figura.

Y es, sería poder leer claramente lo que se nos aparece en jeroglífico de estrellas; ver el Universo totalmente y en su sentido; habitar no un pequeño rincón desde donde percibimos a lo lejos y en enigma el Universo, sino estar en él como en nuestra casa, gozar de su inmensidad sin sobresalto ni extrañeza que todos nos sea familiar (El Hombre y lo Divino, 1973 p. 314).

Esa fuerza enteramente dionisiaca arraigada en el sentido de la vida, aquello que no nos permite renunciar al anhelo más íntimo que nos atrapa, de lo que no podemos desprendernos, no es más que el trasfondo único de todo lo que deseamos en nuestro delirio.

Nietzsche hace ese tránsito dionisiaco en que todos los aspectos mitológicos del pensamiento de María Zambrano encuentran un eje en la crítica que al respecto hace Zambrano por cuanto que su descenso fue muy leve y superficial y por haber caído en la transvaloración de lo divino y no haber vuelto la mirada a aquello que se nos resiste de la realidad, al fondo último, al apeirón.

El método camino que recorre Zambrano nos conduce hacia el pensar en la posible prolongación a mundos abismáticos, que es imposible alcanzar con la mera razón lineal y discursiva; así pues el pensamiento nos llega impregnado de la fragancia de otros saberes, maneras múltiples del conocer, unidas a la experiencia humana, llegando a ser lo que Zambrano denomina como razón mediadora o “razón poética”. *Y así sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado” (Claros del Bosque, 1993, p. 15).*

Este método que unifica vida y pensamiento descenderá hacia lo más íntimo en donde tiene sus raíces la razón, a esas áreas que fueron desechadas por la claridad de la conciencia y son el trasfondo, las sombras, la revelación misma de la conciencia. La claridad de la conciencia y los grandes hitos de la filosofía que marcaron la pauta en el pensamiento de Descartes y en el idealismo alemán, dejaron en la oscuridad a las realidades de la vida que no pudieron encontrar ninguna posibilidad para poder llegar a la claridad del pensar, lo cual originó una constante culpa

en el sujeto, lo que Jung calificó como “conciencia eclipsada” del inconsciente que ha depositado un pasado en el que se hallan los embriones de situaciones psíquicas por suceder, lo que deviene el poder de “creación” de revelaciones que suceden en instantes, así como también de profecías de ciertos símbolos de los sueños.

María Zambrano muestra cierta ascesis en el momento en que deja a un lado la claridad de la conciencia por cuanto que se expresa de una manera violenta, y a la definición de la vida que tanto sentido tiene para el pensamiento, internándose en el mundo de las sombras, las que ejercen un poderoso atractivo en esta pensadora, ahí donde es posible aparecer y comparecer a las razones que emanan de las entrañas mismas de la vida. En ese lugar donde mora el embrión de la razón es donde precisamente la certidumbre no halla una puerta de acceso.

Puntos de coincidencia entre Jung y María Zambrano.

Cuando Jung hace referencia a la conciencia consideraba que toda ella estaba impregnada de incertidumbre aun cuando parecía ser muy real. La mente consciente tiene sus propios mecanismos de asociaciones psíquicas que se tornan como símbolos del significado de los sueños, es decir, de todo lo que somos capaces de realizar e imaginar y que es lo que nos revela nuestras bases del vivir.

Sigmund Freud denominó a todos los símbolos de los sueños “remanentes arcaicos” que nos llegan como asociaciones iguales a

ideas, mitos y ritos primitivos, sin embargo el propio Jung no comparte la idea de “remanentes arcaicos” puesto que los encaja dentro de las funciones del inconsciente por su misma esencia histórica.

Nuestra psique que se caracteriza por ser tan antiquísima es el pilar fundamental de nuestra mente en la que con sus arquetipos colectivos inconscientes puede encontrar una unión entre la razón de la conciencia y el instinto. Para Jung todo el conjunto de simbologías que encierran los sueños es el que alerta toda esa energía psíquica que fue echada a un lado, en provecho de un equilibrio biológico y psíquico, que pugna por una aptitud diferente contra la disociación neurótica de una vida llamada (sensu estricto).

En lo que respecta a los sueños Jung consideraba que eran dignos mensajeros de la divinidad en los que mora el silencio, el hermetismo y la muerte.

Los sueños que son portadores, compensadores de profecías sin caer en la precognición son el producto de un meticuloso seguimiento de historias inconscientes y de una sobrevivencia en la que acechan el peligro y el acierto a la vez, durante mucho tiempo acumulados.

Jung consideraba que ni el significado ni el fin son un privilegio de la mente solamente sino de todo tipo de existencia.

Las funciones tales como la percepción sensorial, la intuición y el sentimiento son acontecimientos importantes en los que gradualmente asciende la experiencia de la vida, a la conciencia, la cual encuentra en el sentido una función de la razón que pone en orden un mundo anímico, donde se puede dar un juicio de valor, el juicio estético.

El proyecto de María Zambrano es comprensible si lo vemos desde las perspectivas de las teorías de Jung. Uno de los puntos de clara coincidencia entre lo que plantea María Zambrano se encuentra en lo que Jung considera acerca de la crisis del hombre contemporáneo quien por arrogancia dejó a un lado, menospreciando las mediaciones simbólicas entre sueño y conciencia en Vigilia.

En el mundo cultural de Occidente la razón desplaza ese ímpetu de vivir, al anhelo ardiente de trascender; se ha obviado el misterio para dar paso al mundo de la evidencia, a la claridad de la conciencia, al pensamiento lineal, para dar muerte a Dios y crear el desamparo, no obstante el mundo de las emociones se mantiene igual, es decir, son las mismas, con su misma esencia, sus mismos anhelos, aun cuando su objeto ha cambiado de forma y contenido.

En tal sentido el hombre Occidental se encuentra ante una dolorosa vivencia de lo que no se sabe cómo se originó, ni tampoco se puede explicar. Por ende se encuentra ante una realidad que no le encaja, una realidad que se torna cada vez más desconocida y sin sentido. Su ser deambula por un destino incierto en el que no existen horizontes, porque se han perdido, en donde

no hay un asidero, un apoyo del que se pueda sostener y expresar lo más íntimo de su vida, en su ímpetu de vivir ya que no encuentra acomodo en dicha realidad. Es por esto que María nos dice:

Una firme y clara conciencia de la limitación de ser hombre, que se encontraba cercado, rodeado, reducido a una condición de parte o miembro de un gran organismo; el Cosmos dentro del cual no hallaba espacio para una vida futura, para un desarrollo de lo que él llevaba en sí de específico. (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939. p. 71)

Es esta la alerta nuclear y una de las máximas preocupaciones que alberga en su seno el proyecto de la pensadora malagueña, en el que todo, absolutamente todo es trascendente y no se debe humillar nada bajo ningún aspecto. Existen tres dimensiones que María Zambrano toma en cuenta, con respecto a la experiencia que el hombre contemporáneo esta vivenciando.

En primer lugar nos plantea ese profundo anhelo del paraíso, de ese mundo perdido que nos conduce irremediabilmente a descender los infiernos. El hombre abriga en su ansia íntima ese paraíso que permanece inalterable a través del tiempo, y que se encuentra en el infierno.

En segundo lugar es importante señalar que el hombre en su incesante búsqueda de paraíso, lo que realmente busca es esa

unidad perdida, de eso que falta, que está ausente y dividido como lo es la unidad. María hace un llamado de alerta en relación con la pérdida de la unidad que subyace entre el binomio ser y vida: entre lo que es y lo que se piensa y lo que le falta plenitud, que es sin término, es decir, a medio camino.

Al hombre se le otorgan por separado vida y ser, sin embargo, la vida es un constante hacerse ser, naciéndose, inventándose y ganando un espacio en el ser para llegar a la plenitud despertando a la vida.

De la misma manera se concede en forma dividida pensamiento y realidad. Realidad que se hace resistente y que es preciso ampliarle el reducido espacio que es concedido a un tiempo para que la vida humana pueda sentirse cómoda, estable, en una realidad que le abrigue, que le anide el ímpetu de querer vivir, de existir.

Otra conexión o similitud entre Jung y María Zambrano consiste en la representación que hace el mundo contemporáneo con su drama mostrado por el ser-vida-realidad y pensamiento. De la consecuencia originada de la división entre vida y pensamiento fue lo que dejó a la existencia errante, carente de esencia, por lo tanto sin sentido alguno de germinación. Jung denomina a este drama contemporáneo “conciencia eclipsada” lo cual se desenvuelve en un total desenfreno de la atención, transitando por los escabrosos caminos de la inconsciencia con su neurosis donde se ha perdido el centro y su raíz vital.

Es aquí donde María Zambrano interviene con su Sabiduría del Alma para hacer un profundo análisis filosófico en relación con esta situación en la que lo sagrado es sustituido por un mundo hermético, cerrado, donde el sacrificio retorna y la persecución toma fuerza nuevamente. La realidad se resiste tornándose opaca y compacta, es decir, es una realidad que no deja permear lo íntimo, lo sagrado; el pensamiento camina solo en lo indiscernible de la existencia dejando a un lado la dulce compañía de la vida. María nos dice:

La realidad ha dicho Ortega y Gasset, se presenta siempre como fragmentaria; es decir, hace alusión a algo que le falta, jamás se da como un todo completo, sino más bien como una totalidad en la que falta algo. (El Hombre y lo Divino, 1973, p. 306).

La filósofa malagueña María Zambrano a quien la acompaña ese don extraño que sólo poseen los seres excepcionales o iluminados que construyen un mundo nuevo con la belleza, la esperanza, sutileza y profundidad, nos hace sentir virtuosos al recibir su gran tesoro vertido en la palabra, palabra fragante de vida.

La Palabra.

Zambrano dice que cuando se escribe, se hace con el fin de defender la soledad en que para ese momento se encuentre, no la considera una actividad, sino una acción producida ante una

soledad comunicante, es decir, soledad que se nos expresa mediante el silencio, es necesario aislarse para poder entrar en intimidad con lo que queremos expresar en la escritura. Debemos defender con vehemencia nuestra soledad para que pueda justificarse. En tal sentido la filósofa malagueña considera que la soledad es una conquista metafísica porque nadie está solo, sino que ha de llegar a ser la soledad dentro de sí, en momentos en que es necesario para nuestro crecimiento”.

Cuando nos encontramos en soledad surge nuestro ser espontáneo, de nuestra parte más oscura, es decir, de nuestro inconsciente de lo cual no somos responsables, en cuanto que nuestro ser no emerge totalmente sino que se reviste de una necesidad urgente, de la misma forma a sabiendas de que algo nos presiona, nos urge, es algo que no está en nosotros, sino que proviene del exterior, lo cotidiano que nos encarcela, nos limita y la palabra cumple su misión de salvarnos, de liberarnos de los circunstancias.

Libertad que sólo encontraremos si seguimos los pasos de la palabra que se transforma en nuestra aliada para salir airosos de las circunstancias que nos acechan y de las cuales se hace necesario y apremiante soltarnos, desligarnos.

Sin embargo, la palabra en ningún momento surge para crearnos o recogernos, es necesario dosificar su uso pues se corre el peligro de disgregarnos si la utilizamos en demasía; lo que sí debemos tener claro es que nos convertimos en vencedores mediante la palabra del momento y este nos vence al mismo tiempo

por que uno tras otro se llevan nuestra lucha sin dejar que respondamos.

Por lo tanto asistimos a una victoria permanente que luego se transforma en derrota; es a partir de esta derrota que surge en el ser humano esa sed de escribir con la finalidad de retomarla nuevamente siempre que nos hemos pasado largo tiempo desgastando la palabra.

La única condición para que la victoria sea posible es que la derrota se haya dado en las mismas palabras cuya finalidad distinta es la de escribir, se liberarán del yugo del momento que las oprime, entonces no podremos justificarnos ante lo momentáneo sino que irán desde nuestro ser íntimo hacia nuestra defensa, ante lo circunstancial y ante nuestra vida en todas sus dimensiones.

Cuando escribimos por lo general las palabras se retienen, mientras que cuando hablamos entra en acción el soltar, el desprenderse de ellas, al igual que estas se desprenden de nosotros. Cuando escribimos nos apropiamos de la palabra, la que se sujeta a un ritmo, subyugada por nuestro mando.

Se es escritor por esa necesidad de librarse de las palabras, para poder vencer la derrota sufrida con el fin de poder verificar el porqué de esta retención. Retención que subyace en el acto mismo de escribir. Mediante la reconciliación las palabras se van desgranando cuando el hombre ha soltado y retenido al mismo tiempo.

En toda victoria humana debe florecer la reconciliación, un encontrarse nuevamente con el amigo olvidado. En la victoria no existe la humillación del contrario, lo cual significa que es su gloria. Gloria que es fervientemente buscada por el escritor para comulgar con las palabras que antes habían ejercido un trance con la intención de comunicar, el escritor no solamente ejercita su derecho originado por su fuerte necesidad, sino es el hecho de tener la oportunidad de comunicar que le fortalece su humanidad a la que lleva hacia mundos desconocidos, más allá de los límites dados al hombre, del ser hombre.

Nueva realidad que se desprende de lo inhumano aun cuando pugna por ganarle terreno, es en esta batalla que el escritor penetra con el fin de hallar una reconciliación con la palabra, comunión, ofrenda aun cuando le habían traicionado frecuentemente. La misión del escritor consiste en hacer que la palabra tenga un verdadero sentido y significado para esto se hace necesario: moldear, reconstruir, deconstruir.

Escribir no es lo mismo que hablar; en el hablar impera una necesidad apremiante y nos convertimos en esclavos de lo que hemos dicho, en cambio en el escribir nos sentimos libres, pero nos liberamos sólo en el hecho de que hayamos encontrado lo permanente.

La función del que escribe es salvar a la palabra de lo momentáneo, de su transitoriedad y llevarlas en nuestra comunión hacia lo que perdure.

Es el escritor el llamado, el escogido para hablarnos mediante su escritura, desde su centro vital de la verdad. Desde la profundidad de su escritura brota un secreto, eso que no puede decirse con palabras porque se nos hacen demasiadas verdades y las grandes verdades jamás se dicen hablando. Esa verdad que es corazón del tiempo de toda vida y silencio que es insuficiente para pronunciar lo impronunciable de lo que se escribe. El escritor se empeña en descubrir el secreto para traerlo a la luz del día y comunicarlo, pues la única manera de que se revele es al escribirlo, una única manera de decir secretos mediante el habla, es cuando se está en éxtasis, es decir, en poesía, inspirado, aquí el tiempo se borra.

La poesía es un secreto que se dice hablando y reviste el carácter necesario, escribirlo para poder fijarlo, pero no para que se produzca. El poeta es creador que mide en el comunicar con su voz las palabras. Se puede salvar de ellas sin reducirlas al mundo visible, sin quitarles su sonido, su vibración. La misión de la poesía es descubrir con su voz el secreto que guarda.

Filosofía y Poesía.

La filósofa Zambrano después de hacer un recorrido por las sendas de la palabra vivificada nos revela el mundo existente entre filosofía y poesía, dejándonos en evidencia el contraste encontrado entre la figura del héroe, del poeta con la del filósofo quien busca estar en constante seguridad, ser consolado y encontrar el remedio a esa incertidumbre que le acecha.

Para María Zambrano el saber del poeta, su actitud, es el paradigma de una época que percibe cómo se desmoronan las bases que la razón y el pensamiento han construido.

Con Platón se inaugura la razón en Occidente execrando a la poesía, abandonándola para dar paso a la conciencia clara y distinta. Cuando se originó la filosofía, el poder, la justicia, el estudio y educación el hombre entró en una profunda crisis pues el método racional que asiste no es capaz de resolver las preguntas ante lo inefable, lo inconmensurable; sin embargo, al hombre sigue anhelando un mundo al cual descubrir para proclamar la divina unidad.

El filósofo se empeña en tener un mundo seguro; una verdad le va ordenando a la realidad la manera de conocer al ser. En cambio el poeta persigue una multiplicidad que ha sido menospreciada, las apariencias, así pues, lo que el poeta descubre alcanza desde el ser y el no ser en una perfecta armonía, pues todo tiene derecho a ser, aun lo que no ha podido ser nunca. El poeta aprovecha para sacar de la humillación, de las zonas oscuras, al no ser que en él clama, gime, sacando de la nada a la nada misma para ponerle un nombre y una figura, todo para el poeta debe tener su condición de ser. Por el contrario el filósofo desea transgredir el tiempo para no entrar en el espiral de luz vivificada en donde todos avanzamos unidos en una cadena de la creación, sufriendo el castigo temporal con todas las virtudes y limitaciones que cada criatura posee.

Es esta la razón por la que busca con afán de ser único, diferenciado y absoluto se construye a sí mismo, con la finalidad de buscar y encontrar su ser, eso es lo que representa para el “Ser”.

El filósofo tiene una actitud de seguridad que le hace pensar que se posee plenamente a sí mismo y se siente totalmente independiente con respecto a la creación, es decir, la seguridad de que es singular y que no ha sido creado sino por sí mismo.

El filósofo tiene ansias de ser, en cambio el poeta no recuerda que existe, no se posee, él hará que todas las cosas sean posibles en él. El poeta al contrario que el filósofo es paciente, permeable y armoniza con todas las cosas porque no se basta con ser uno, singular, sino que desea participar de la multiplicidad desdeñada del Cosmos, vive en perfecta gracia y antes que ir afanoso en busca de la verdad, no puede pensar que exista otro mundo diferente al cual pertenece. En relación con la poesía María Zambrano señala:

Cuentan de un emperador de la China que mandó hacer sonar una tierna melodía para acompañar a las flores que estaban abriéndose. No otra cosa hace el poeta; se mantiene alerta hasta desvivirse, ante los cambios, antes los menudos y tremendos cambios en que nacen y mueren, se consumen las cosas. (Poesía y Filosofía, 1993, p. 37).

Antes que ir en procura de seguridad, prefiere vivir en la angustia comprometido con las raíces ancestrales de donde han partido los grandes saberes, sin interesarle la singularidad comparte un hondo sentimiento de comunidad, estando abierto a todo, es decir, frágil, vacío, para todas las cosas que se les ha dado la oportunidad de ser, porque otras ya están. "... *En cada criatura vulgar está el misterio de su ser y el de la creación entera*". (Poesía y Filosofía, 1993. p. 108).

La única manera en que la filosofía y la poesía hayan logrado un acuerdo ha sido en lo que se refiere a la unidad íntegra del Universo.

El poeta perseguía la multiplicidad desdeñada, la olvidada, heterogeneidad. El poeta no tuvo necesidad de renunciar nunca a nada, ni buscar nada pues ya lo tenía todo lo que le rodeaba y los sentidos le donaban.

El poeta no llegó con violencia sobre las erógenas apariencias y pacíficamente logró la unidad. Para el poeta la realidad no significa la que hay, la que es, sino la que abarca el ser y el no ser en perfecta armonía pues nada debe ser humillado.

Sin embargo, la unidad a que el poeta desea no es la misma que pretende el filósofo. El filósofo desea lo uno y nada más, por encima de lo que sea.

El poeta pudiera parecer escéptico, sin embargo, ama la verdad pero no la verdad excluyente, ni imperativa, es la que elige, la que selecciona, a lo que piensa que se adueñará.

La poesía no es en ningún momento polémica, aunque puede desesperarse y confundirse con la frialdad del logos filosófico y aun sentirse tentada a abrigarse en su centro, centro que nunca ha podido contenerla, ni definirla. Platón cuando sintió que se le esfumaba la desechó.

El filósofo necesita estar continuamente alerta, vigilante y siente que debe cuidarse, él nunca duerme, desdeña todo lo que lo seduce para estar dispuesto y lúcido viviendo en conciencia que es sinónimo de preocupación.

María Zambrano dice que toda poesía comporta en última instancia mística, o la mística es en su raíz poesía, es decir, una forma de religión poética.

La Metafísica.

Por otro lado esta filósofa mantiene que la creación divina voluntad y libertad es lo que conforma en su núcleo lo que se llama metafísica. Permanece en el fondo principalmente, pero saldrá a manifestarse totalmente. Desde Kant, Fichte, Schelling, hasta Hegel la acción religiosa armoniza con la razón.

En Hegel la razón, al otro extremo Platón, también utiliza la teología. Zambrano piensa que a este periodo debería llamársele metafísica de la creación. Es esta metafísica la que en su centro tiene lugar la creación artística puesto que el acto de creación es un acto estético de dar forma. Lo que se puede apreciar en esta metafísica es que está contentiva de acción. Acción que se origina en la voluntad para terminar en el acto de dar forma.

Metafísica de la creación, de la voluntad y de la libertad se aleja cada vez más de lo heredado por Platón. La unidad del ser es lo ideal, contemplación de amor, anhelo de unidad en el mundo más allá de las apariencias.

En el romanticismo asistimos a la unión entre filosofía y poesía sin fronteras, sin límites, la conciencia no tiene cabida, sólo algo divino la invade aun cuando le es bastante difícil poder reducirlo a la razón.

Los poetas y pensadores tenían como misión la de crear el Universo sin perder un solo instante, cual si fueran dioses sin término. Luego les correspondió descender a la tierra y al mirar a su alrededor se dieron cuenta de que seguían siendo meramente hombres, criaturas, no hacedores. Se terminó el hechizo; la idea de creación no se pudo mantener por largo tiempo, este connubio entre poesía y filosofía las cuales se ignoraron completamente una a la otra para hacerse absolutas y seguir por la senda de la razón.

El Tiempo.

Otro de los aspectos fundamentales que resaltan en el pensar zambrano se refiere a la idea del tiempo en la que la autora percibe en este una amalgama de nociones fundamentales que resaltan el concepto de “despertar”, que tiene la significancia de un nacimiento y posee el carácter de continuidad dándose en forma reiterativa como la manera en que se vive y se padece.

El tiempo que se entiende como tiempo-*Todo* es comprendido por las religiones místicas, como un tiempo que se da en forma circular porque es en la naturaleza en su constante renovación donde se dan los numerosos nacimientos. Para el hombre es imposible poder vivir ese tiempo-*Todo* por la homogeneidad que le caracteriza, por lo tanto, sólo en sueños puede el hombre vivir el tiempo-*Todo*, su conciencia necesita reducirlo para poder usarlo con el fin de que su vida le sea más llevadera, menos asfixiante, y que al mismo tiempo signifique una apertura hacia la realidad: tiempo-libertad-realidad que es la condición fundamental del despertar.

Para conocer la realidad se hace necesario tener una guía que le sirva al hombre como norte, como camino certero hacia el sendero de la vida.

En lo concerniente al sueño Creador es imprescindible una guía puesto que le sirve al hombre para adentrarse sin temor a la realidad que se le ha develado y para la que ha despertado, pues la

guía tiene como papel fundamental el despertar, o ayudar en el parto para que este despertar se produzca. Esta guía que vendría siendo lo que la brújula al marinero, le sirve al hombre de orientación para encontrar una ruta acertada y orientada hacia una vida llena de significados. En lo que respecta al camino que se nos indica María Zambrano piensa que:

La experiencia se sale de su silencio, en cambio, es para comunicar. Dice Heráclito: "El sabio no dice ni oculta: indica El que habla por experiencia, aunque indique, aunque calle lo más importante comunica: y cuando calla lo hace como Sócrates para que el otro sienta dentro de sí lo que necesita y sea más suyo. (Hacia un Saber sobre el Alma, 1993, p. 71).

El Sueño-Despertar.

La meditadora María Zambrano nos otorga en su proyecto integrador un camino iniciático que ayuda a la transformación espiritual del hombre; viene a ser un compromiso vital hacia la búsqueda de altas esferas, en la dimensión del vivir a través de continuos despertares que se dan en cada instante, en cada día y tienen la particularidad de ser reales y no simbólicos.

A este sueño-despertar lo constituyen múltiples tiempos, cabe la posibilidad que las personas más próximas a nosotros estén en un tiempo totalmente diferente al nuestro, en cambio una

persona que se encuentre a gran distancia nuestra esté viviendo y compartiendo el mismo tiempo.

La realidad que se nos resiste, no depende de nosotros y es ajena es una realidad que podemos denominar como fenoménica. Esto que se nos resiste puede darse como lo más inmediato, nosotros mismos a quién se nos resiste como objeto que somos. Esta realidad fenoménica solo la podemos localizar en el sueño, es decir en “nosotros mismos” porque es en el sueño donde únicamente se puede vivir plenamente esta realidad, es decir, en la total dimensión del vivir, en cambio en la vigilia sólo tendremos la percepción de la realidad fenoménica del “mundo”.

*Y todo lo que rodea al hombre y él mismo es arcano.
El hombre es la criatura para la cual la realidad se le da como inaccesible: pero siempre ha sentido la necesidad ineludible de despejarlo, de abrir camino, de llegar a ello, de que le sea manifestado. (El Hombre y lo Divino, 1973, p. 236).*

Para poder acceder al sueño tenemos dos vías: una a través de su contenido y otra mediante su forma en la que como realidad fenoménica del sueño somos nosotros mismos. María hace referencia a la totalidad como realidad, lo que está vivo, palpitante, que respira, “la realidad viviente”, que emerge desde el apeirón, bien sea mediante una vocación o bien mediante un enigma onírico que exige al despertar una solución.

Para María Zambrano todo despertar significa un “salir de”, salirse del sueño, de la vigilia. Despertares que preside la palabra. Esa terrible angustia que se da en el sueño al no poder acceder a esa finalidad en la cual nos vemos obligados a mantener un diálogo con el despertar sin que se pueda obtener resultado alguno, puesto que no poseen ningún significado, no obstante en ellos subyace una profunda voluntad de cambio, una pretensión de conversión del ser humano que lo desea y lo clama, el sueño en su unidad finalidad-destino.

Existe una diferencia sustancial entre la acción y actividad.

En la actividad el hombre se pone una máscara, tiene personalidad, en cambio en la acción el sujeto se quita la máscara, ya no se posee.

El hombre de la cultura Occidental está asfixiado, ahogado por una actividad incesante lo cual le convierte en un personaje quien debe, trabajar incansablemente para fortalecer sus múltiples máscaras. Sin embargo en la acción el hombre encuentra su necesario espacio vital tan olvidado en Occidente.

Cuando el hombre entra en la meditación se entrega, se abandona, ya no se tiene a sí mismo sino que entra a formar parte de la sincronía total del Cosmos, se compromete con la eterna danza de los astros, del Universo entero.

El proyecto filosófico zambraniano propugna la obtención de una comprensión de que el soñar ya es un despertar, mientras que

la vigilia viene siendo el sueño de la atención, es decir, lo que configura a nuestro yo. La atención es continua y pasiva, solo tiene validez en el eterno presente, pues su mayor obstinación y exigencia está en presentificarse, en vista de que el tiempo no existe como tal, debido a su imprecisión. En cuanto al futuro solo es posible en su forma más inmediata, es decir en el porvenir.

Debido a la atención es que nuestra psique está totalmente consciente de todo, ya que ésta habla por sí misma del cómo, del tiempo en que vivimos.

Nuestro horizonte queda despejado con un mayor campo de visibilidad en el tiempo al no existir ni pasado ni futuro. La atención demarca y en forma imperativa nos ordena la forma de cómo debemos vivir.

Cuando el hombre vive consciente y en atención se da cuenta de que le han cercado y limitado, entonces el tiempo y espacio les son totalmente ajenos, haciéndose presentes, en donde la vida solo es estar, pensar y existir, sólo aquí y ahora. El estar que subyace en las profundidades de la pasividad bajo una permanente actividad que mantiene al hombre en la conciencia en que todo lo clasifica, ordena y calcula.

Cuando el hombre se pueda desprender de la actividad para adentrarse en el mágico mundo de los sueños es cuando al fin podrá despertar. Cuando despierte entrará en una esfera distinta, inédita, en la que sentirá la sensación de haber sido esperado desde siempre, encontrado a sí mismo, donde todo es absoluto y la

vida se paraliza, ya no existe la actividad agobiante sino su ausencia, la claridad distinta no será más, será la ambigüedad quien tome su lugar para que el hombre la trascienda.

Los instantes en que el hombre se encuentre en vigilia es capturado por el ser, estos instantes se le presentan como distracciones en las que el ser toma para sí a la realidad.

Por otro lado la música representa el sueño ordenado, la plenitud de la vida. La música ha salido airosa y fecunda porque el tiempo no pudo derrotarla sino que se ha concentrado en una melodía, es decir, se ha convertido en un sistema y no en un tiempo musical sucesivo, sin vacíos, gira sobre sí misma actuando de forma independiente de todo pasar, como un bloque homogéneo, que podemos llamar parmenídeo.

En lo que concierne a la acción y el pensamiento es un tiempo contentivo de vacíos que es fragmentado, separado, rasgado. El vacío en el tiempo es el templo de la libertad, el tiempo que se da en forma sucesiva es del hombre.

El tiempo sucesivo hace que exista la diferencia en lo que en su sueño inicial, se torna como algo ambiguo e indiferenciable.

Para que la libertad sea posible exige como condición primordial la discontinuidad y la presencia de vacíos, en la que se da esa danza entre un tiempo homogéneo, es decir parmenídeo a un tiempo fracturado que es un tiempo sucesivo y viceversa.

La razón por la que el tiempo sucesivo está fragmentado, quebradizo, es porque es un tiempo que tiene vacíos, vacíos que tienen que ver con una descripción espacial, es un vacío del tiempo del hombre en que su psique está totalmente escindida, rasgada.

En el tiempo espacial es posible poder tener la comprensión de un espacio fragmentado pero esto no sería posible en lo que respecta al tiempo. La visión de María sobre el alma y la psique se refiere a la existencia de sustancias que no son como poros del cuerpo sino que son poros espirituales que se han estructurado así mismo de tiempo, es decir, que el espíritu es la unión entre tiempo y vacío, estos poros deben permanecer abiertos para que exista fluidez. Cuando entramos al sueño el tiempo se ocupa, pero también puede ocurrir que en la vigilia se cierren los poros del alma y en el instante en que se cierran se genera un raptus, por lo que no es recomendable estar en vigilia permanente pues la realidad ya no sería real.

En el vacío se origina la libertad y la condición obligada de la sucesión que es la que hace posible la memoria.

La Realidad.

¿Qué entiende María Zambrano por realidad?

Cuando Zambrano habla de realidad no se refiere de ningún modo a la realidad del mundo, sino, a lo que nosotros somos, aquello en lo que encontramos una fuerte resistencia y que es independiente de nosotros. Todo lo que somos no nos pertenece, no está dentro de nosotros, no somos dueños, sino que se nos es dado desde nuestro exterior, eso que es innombrable, el apeirón donde los sueños se dan transparentes. Esa realidad siempre trata de enamorar, de atraer, de proponer algo, como si en el fondo quisiera ser descifrada tal vez como enigma o como vocación, será una señal para que el hombre obligatoriamente se ponga en contacto último con un orden, un armonizarse a través de lo más hondo y vital del ser humano, su alma en connubio con el Universo y al manifestarse lo innombrable, lo innominado, el apeirón, mediante el enigma o la vocación trae consigo el parto de un despertar que incide directamente en la manera de actuar. Según Zambrano:

Entrar en relación con ella es existir ya en ella, es entrar en su atmósfera, en su círculo donde nada permanece separado de nada, donde nada conserva su individualidad limitada y opaca. Entrar en relación con ella es lo más parecido a entrar en la Luz donde seguimos siendo lo que éramos, pero transformándonos, pues el estar iluminado no es una

simple adición” (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939. p. 57)

El ser del hombre se encuentra en un nacimiento constante, puesto que aun no es completo y su tiempo es sucesivo, en el que la realidad es ambigua y fragmentaría, la que le impele constantemente a la obtención de nuevos despertares. Pero como el despertar no se da en forma completa la historia pasa a ser generalmente fatalidad.

En su trayectoria vital el ser humano va sufriendo constantes transformaciones a través del nacimiento-muerte que tiene lugar mediante la forma del sueño despertar.

Los sueños albergan en su profundidad un argumento con una finalidad, ese fin es justamente la acción a la que necesariamente se debe recurrir con la finalidad de liberar, de transformar al hombre. El argumento viene a ser un acontecimiento que es sinónimo de despertar y sólo puede realizarse mediante el futuro. El fin de los sueños es hacer un llamado de alerta a la ejecución para transformar y liberar al hombre.

La libertad “actuante” tiene un profundo vínculo con la necesidad del destino para configurar el argumento de la vida del hombre; cuando fluyen mutuamente deviene una vida “obediente y libre” a un mismo tiempo, a una vida astral pero cuando no armonizan, cuando se conflictúan, se origina la tragedia, la fatalidad. El destino clama por su salvación pues la fatalidad lo

acecha; sólo la libertad puede salvarlo y convertirlo en una finalidad.

La realidad nos insta a salir del sueño para ir hacia una vida en los límites, una vida de sueños que transgreda lo convencional para inspirarse, trascender al tiempo y desvanecer pautas existentes y viejas convicciones.

La Luz.

El pensar de Zambrano alberga el firme propósito de tamizar la mirada de la razón para proyectar en el ser humano la luz que le alumbrará la senda de su existencia; así la palabra y el pensar de la filósofa malagueña se han resplandecido, se han iluminado. El concepto, los juicios, las categorías han tomado en cuenta sus propias amenazas como son la persecución, los límites, sus edificaciones y destrucciones, el abandono total del que fue objeto el anhelo y la esperanza para resguardar la perfección y la idea absoluta.

El concepto lo podemos visualizar como el autor que fue capaz de disolver la metáfora y la luz, de esa luz que en forma oblicua se desprende del tiempo, tiempos múltiples con su sombra, la huella de sombras que promueven eclosiones impregnando la esencia de los mundos. El mundo de lo divino proveniente de la oscuridad, se revela, se manifiesta para proyectar la luz que aún no ha sido huérfana, que no está sola y que no ha sido apagada, ni disuelta por la luz clara y abrasadora del mediodía, luz ordenada

por la voluntad de la conciencia para que brille en el cenit para que conste como si fuera la única evidencia para aprisionarla, encerrarla en la cárcel del pensamiento.

Para la autora María Zambrano el mundo Occidental está asistiendo a su último rayo de la luz y por ende el último descenso del hombre a los “infiernos de la luz”.

Esa presurosa y ficticia experiencia precipita toda promesa y enunciación hacia el abismo.

No existen los milagros para un mundo indiferente y frío que gira constantemente en lo mismo y que se ha hecho presencia ahogando y mutilando un saber ancestral. El brillo de un sol en la noche nos trae promesas y esperanzas, una verdadera inversión de lo que pudieran observar los grandes sabios de la humanidad. El tiempo en que se engendraba en el silencio y en la oscuridad desapareció.

La luz quedó sin donde habitar, desamparada y convertida en esclava, deambula por una conciencia en la que no se encuentra proyección porque sufre de alteraciones y manipulaciones. Fue sistemáticamente cercada para tornarla opaca, alterada y enajenada.

No obstante, la verdadera luz es la que desciende y se curva en un recóndito lugar oscuro. Estos brillantes colores dejan una hermosa huella, sus pasos vibran luminosos desde los más oscuros, encarnan una sutil melodía para alargarse en los cuatro elementos

de la naturaleza, y comulgar, en uno y con Todo, el esperado mundo de la Symbolé; ese inaprensible mundo descendiendo para encarnar en la intimidad de un espacio en el que la luz se expande, se proyecta con su brillo refractario de posibilidades desde donde el hombre sea visto y sea sentido, es decir, que pueda convertirse en el escenario de un mundo nuevo, visible donde se atienda, se escuche y se toque.

María Zambrano recorre luz y cuerpo desencarnados desde un lejano e inédito mundo, y no del que estableció la pregunta por el saber de las cosas y la reducción a una conciencia que no tiene cuerpo. Sin embargo, en ese lugar también se puede proyectar un pequeño rayo de luz tenue, en la oscuridad, esa deslumbrante luz de la pregunta por el ser y la dividida conciencia que navega solo por los infiernos de la luz desencarnada, mientras el mito original de la razón va cediendo su paso para que una pequeña llama aún encendida se reencienda, la resurrección del hombre para que termine de nacer y despertar, de ese renacer sin término. Desde las entrañas mismas de un pensamiento que sabe que la libertad, la palabra y la luz tienen como única condición para su germinación un trágico dolor que paradójicamente se da en el nacimiento de la esperanza para vislumbrar la alta noche de arriba, lo desprendemos de los infiernos de la luz para recorrer, por si acaso el hombre pudiera recordar la promesa última de su nacimiento, de su anhelo íntimo y escondido por la inteligencia para que pudiera sentir nuevamente que su ser está habitado, abrigado y que ha renacido en una nueva criatura, “el hombre pleno”.

La Ética.

En lo que respecta a la ética el proyecto zambrano en una relación progresiva de su vocación de pensar la vida nos revela en torno a la misma, que esta es el esfuerzo por reasumir al ser humano en el mundo. Es el libre e indetenible fluir de la vida, metamorfosis, transformación que va desde el padecer al reposo, de la pasión a la bondad en un todo armónico y un ritmo acompasado en el que danzan los cuatro elementos expresando este permanente fluir. Una fibra celeste de ese secreto transitar de la vida, está representado en metáforas reveladoras:

La pequeña semilla oculta en la tierra emerge hacia la luz para ser acto de presencia transformándose luego en un florido árbol. La crisálida lucha insistentemente dentro de su capullo para dar cumplimiento al fin último de su vida: metamorfosis, para experimentar su raudal vuelo convertida en una multicolor mariposa. El manantial cristalino se desplaza precipitadamente desde las altas montañas por bosques fragantes para convertirse en río, lago y mar.

La vida confronta un latente abandonar todo camino recto, todo pensamiento lineal, cuando se está en un momento de crisis se da a la tarea de analizar el instrumento que permite pensar.

Lejos muy lejos quedan Descartes y Kant. Zambrano, insiste en que debemos penetrar en ese mundo donde se amalgaman ires y venires, donde todo late, serpentea y palpita. La vida

sucedándose, vida que no se realiza más que en su proceder, el mundo de la ética que es tránsito y transmutación, razón que no desprecia, ni humilla nada de lo existente porque la vida es la que le da razón de ser.

Toda ética busca refugiarse en una razón vital, razón poética que no castiga, que no humilla, que a fin de cuentas es libre y se basta a sí misma para pensar. *“Y así, este género de conciencia propio del poeta, una ética que ya no es la ética, hasta cierto punto, sosegada, segura del filósofo”*. (*Filosofía y Poesía*, 1993. p. 42).

Zambrano advierte la profunda sincronicidad que une Nietzsche y a Spinoza a los que considera disidentes de la moral Occidental que saben perfectamente que todo lo que se hace por amor se hace más allá del bien y del mal.

La ética principalmente es discurso del concepto, que ha sido escrita con nociones comunes que proyectan en espiral rítmico los cambios de las estaciones donde nada es estático, dinámica pura, la fuerza de la vida desbordándose en un Universo inédito y cambiante, que es el vivir.

Ligeramente aquí pensar significa dirigirse a través del eterno fluir de la vida donde se despliegan todas las potencialidades de la imagen y el concepto antes que sólidos universales a los cuales hay que obedecer.

Y entonces, pensar es un proceso, una transformación permanente, es renunciar a todo conocimiento, es un desprenderse de la imaginación, cuando ya no es posible vivir en actitud de rebaño, es “ese querer ir más allá” que alberga un encuentro iluminado con seres que sueñan con una nueva comunidad, un nuevo amanecer, que abogan por un saber sobre el alma, más allá de la estrecha rendija por donde mira la razón Occidental. La ética del pensamiento, dirigiéndose hacia los claros del bosque que prometen y nos ofrecen una nueva manera de mirar, una nueva visión, lugar de saberes y vidas, sin diferenciación, un medio de visibilidad en el que nada se busca de ellos, ni hay que buscarlos; cuando ya nada tengamos que buscar es que seremos ofrendados, iluminados, son aquellos que mantienen su pasividad y entienden la discontinuidad a cambio de la inmediatez del conocimiento pasivo con su continuo padecer.

Para María Zambrano el querer ser, se torna en una exigencia de la ética, como condición primordial del místico; el ser místico no necesariamente es ser cristiano. La mística se considera una religión que es absorbida por el cristianismo, y el catolicismo, sin embargo, la mística no tiene acuerdos comunes con el cristianismo.

Zambrano considera que al alma del místico no le son suficientes: ni la naturaleza, ni el conocimiento, ni la poesía, aun cuando sean actividades básicas en la existencia del hombre; lo que sucede es que se ha enajenado totalmente, ha presenciado su propia destrucción, vaciándose para poder experimentar con toda

su alma que presencias de luz vengan habitarlo. En receptividad total ha entrado progresivamente en un proceso de divinización.

Y para ello, se mantiene el poeta vacío, en disponibilidad siempre. Su alma viene a ofrecer un ancho espacio abierto, desierto. Porque hay presencias que no pueden descender en lo que está poblado por otras. (Poesía y Filosofía, 1993. p. 108).

La Piedad.

El proyecto filosófico zambraniano, vislumbra el caudal que fluye desde la desconocida vertiente hasta caer en el espíritu fecundante del otro, del semejante, al que vemos con los ojos de la piedad; que no es más que una especie de sentimientos amorosos y positivos que no son ni amor, ni caridad, ni compasión.

La piedad en primer lugar nos remite hacia el saber tratar con lo otro, con eso que es diferente a nosotros, con ese saber consciente que en su esencia expresa la vida como fragmentaria y discontinua. *“No se trataba de una reforma del entendimiento sino del corazón, de la imagen del otro de verse y sentirse existiendo como radical alteridad” (Premio Miguel de Cervantes, 1989. p.26).*

La piedad que siendo un sentimiento no encaja con definición alguna.

Desde la perspectiva del pensamiento es casi imposible tratar de explicar en forma teórica lo que de un sentimiento se trata, puesto que los sentimientos presentan lo inconstante, incalculable, contradictorio por lo que se hace difícil comprenderlos conceptualmente.

No encontraremos una vía para aproximarnos a la piedad, pues la idea misma de sentimiento ya es un obstáculo para su comprensión, la única manera de acercamiento solo es posible a través del sentir.

Desde una perspectiva antropológica María Zambrano considera que la razón es ya una manera de existir del humano así como también la de sentir y cuando se reflexiona sobre los sentimientos siempre será sobre el sujeto mismo.

Una teoría de la piedad debe suspender toda clase de juicio; debe estar atenta a la interrogante permanente de la manera en que el hombre pueda comprender en el sentir, su realización plena.

María desarrolla todo su proyecto basado en lo heterogéneo de la realidad confusa, la diversidad, lo diferente y aquello que es complejo.

Para Zambrano es una necesidad imperiosa la explicación de los orígenes, los vaivenes de la cultura, las vidas humanas y poder comprender la inconsciencia del mundo revelado por la conciencia. Sobre la conciencia iluminada se ha ido estructurando Occidente apoyándose en una razón que le servirá de seguridad al hombre

para que no se sienta atemorizado al enfrentarse al drama de su propia existencia.

El pensamiento zambraniano es reiterativo en lo que respecta a la salvación, a formas de vida insondables que la razón olvidó, desdeñó, para entronizarse como pensamiento Occidental.

María Zambrano intenta abrir el abanico de posibilidades donde al fin pueda existir el diálogo y encuentro con la alteridad, con eso que se nos es diferente. Este encuentro nos llevaría hacia una visión de la esperanza vinculada a la palabra, palabra de comunión, aquello que se quedó soterrado, olvidado y separado.

Crítica a la Razón.

Sobre la conciencia de la razón se ha ido estructurando la cultura Occidental, la razón que apareció para asegurar un perfecto equilibrio al hombre y alejarlo del sentir la vida como drama.

La filosofía en su existente querer nombrar lo innombrable, en definir lo indefinible para luego reducirlo meramente al ser abandona su inicial misión, la de ser guía, de ser camino seguro por el que el hombre transitaría para su transformación y realización espiritual.

El hombre poco a poco se fue quedando solo, temeroso de acercarse a una realidad que lo abarca más allá de su restringido límite para comprenderla. *“Resulta una mecanización de la vida*

social que encubre una perfecta anarquía, una desoladora insolidaridad, un absoluto desamparo del individuo que queda inerme” (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939. p.70).

Es este el motivo fundamental que lleva a la pensadora María Zambrano a creer que la razón se hace insuficiente al hombre, no obstante es necesario apoderarse de ésta para tratar de hallar mediante la misma las áreas irracionales. Para esto es imprescindible un cambio radical en la forma de entender el mundo que lo pueda salvar; la razón ha dejado en total orfandad al hombre quien debe enfrentarse a esa realidad que se le resiste y que le es incomprendible.

La filosofía por su parte abandona su misión de ser guía, luz que ilumina los pasos para que el hombre se dirija al conocimiento de sí mismo, muy al contrario comienza a proporcionarle seguridad, equilibrio y sustento al hombre para que no enfrente la vida y sus vaivenes, sus altas y bajas mareas, su padecer. Es por ello que María hace una fuerte crítica a la razón a la que señala como insuficiente, sin embargo, María Zambrano no es que menosprecie ni reniegue de la razón pues reconoce los logros que ésta ha alcanzado y que han sido muy importantes para el hombre, de ninguna manera la desea superar ni siquiera dudar de ella, de lo que se trata es de tomarla en cuenta desde una perspectiva altamente crítica, y tomar conciencia de la alteridad a la cual la razón le dio la espalda. *“Que estamos viviendo una crisis no parece que sea discutible. Y en una crisis algo muere: creencias, ideas vivientes, modos de vivir que parecían incommovibles”.* (Persona y Democracia. 1988. p. 38).

Lo importante es el vínculo vital entre la razón y vida concreta del hombre, entre entendimiento y realidad. Es a esto a lo que se le puede llamar una razón amorosa, una razón piadosa.

Esta manera de hacer razón lleva implícito el surgimiento de múltiples tradiciones dejadas en el abandono por la razón. Estas tradiciones que a fin de cuentas son las que sustentan el pasado y tienen la capacidad de volver aparecer a través del tiempo con la finalidad de devolverle al ser su sentido verdadero e inicial, es la única manera que la vida continúe, y el hombre busque ser aclarado ante tanta angustia e inseguridad.

Bien se sabe que el hombre necesita para vivir una razón que le haga comprender las instancias más extremas del vivir, sus entrañas; si esta razón no recurre al llamado desvalido del hombre, se sentirá completamente solo, abandonado, huérfano.

Séneca.

Séneca quien es un ferviente discípulo de la tradición antigua nos otorga una corriente filosófica con principios de la cultura oriental para introducirla en Occidente ya que considera que a esta cultura le aquejan múltiples males y por lo tanto debe fortalecerse con el conocimiento de las tradiciones primitivas. En su ardiente amor hacia Séneca María Zambrano nos afirma:

El hecho cierto de que el hombre de Séneca sea la figura más popular de sabio, o tal vez la única; el que su nombre signifique en la cultura analfabeta de nuestro pueblo la sabiduría misma y otra suerte de argumento todavía más concreto y real: un Hombre. Lo que pudiéramos llamar “pensador de pueblo” el hombre empapado de sabiduría. (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939.p.88).

Este afán por dirigir la mirada hacia la tradición, en Séneca, encuentra una total reciprocidad en el pensar de la autora malagueña María Zambrano.

Séneca trae un conjunto de enseñanzas iniciáticas, para que el hombre se salve y pueda alcanzar su libertad.

El contacto con la filosofía que en su seno guarda la sabiduría le servirá al hombre para reflexionar profundamente, y a encontrar la libertad y una transformación espiritual, y de esta forma halle un verdadero sentido de la vida y una mayor aproximación a la realidad que solo puede lograrse siguiendo el camino de la sabiduría.

Es a esto a lo que se puede denominar la razón estoica, una razón que resulta ser mediadora y es profundamente amorosa, sirve para cobijar al hombre de su total desnudez y abandono, a esta razón se le puede considerar salvadora, pues le permite al hombre su realización como humano, alcanzando ir más allá de los límites propuestos por éste.

En esto consiste la maravillosa misión de Séneca, quien como Maestro guía al hombre hacia el encuentro consigo mismo llegando a ser un hombre verdadero, es decir, “un hombre pleno”, ser, persona. Es este el objetivo que también persigue María Zambrano en su proyecto filosófico.

Séneca nos impele a trascender la cotidianidad y a permanecer circunscritos a los grandes ideales de amor, libertad y paz, esos valores que pasan a lo eterno y que son universales, es decir, pertenecen a la humanidad, permitiendo a la vida trascenderse a sí misma a través de una profunda vocación que le llevará a crear nuevos horizontes.

Vocación Cristiana.

María Zambrano en su vocación cristiana escribió en el ensayo “La agonía de Europa” en la que se concebía a sí misma como fundadora de una Europa nueva, con bases enteramente cristianas. Arrastrando la culpa colectiva que lleva el Occidental europeo, escribió una confesión a la medida de San Agustín: sobre el porqué de la agonía y destrucción de Europa, la confesión no sólo servirá para transformar al alma colectiva del continente, sino al mismo tiempo a su propia alma.

Porque o la vida tiene sentido, o no es nada, y hay que sumergirse en la vida de un pueblo, perderse primero en ella, en su complejidad ilimitada, para salir luego a la superficie con una experiencia en la que se da el

sentido. (Pensamiento y Poesía de la Vida Española, 1939. p. 24).

Zambrano promulgaba una salvación que residía en el hecho de recuperar la fe en un Cristo misericordioso que no es precisamente el dios creador semítico, pues era el dios de la Europa racionalista.

Para los años cuarenta María Zambrano, había observado el nudo propio de la modernidad llamado por Foucault “la cuestión del sujeto” lo cual representaba al sujeto absoluto, sin vínculos hacia lo real y transparente a sí mismo, sometido a la objetividad estructurada, a la pauta creada, al lenguaje y a la historia positivista.

María Zambrano no pretende dispersar la cuestión del sujeto en el análisis de las prácticas de poder que unifican fuerzas para construir la identidad que adentraba al sujeto en sí mismo.

Para Zambrano el sujeto significaba una interioridad privilegiada que tenía sus bases en la libertad y la responsabilidad y se proponía buscar una identidad que representaría “conciencia y libertad” esa tendencia que existía para el momento de dar una explicación de la historia por sus causas.

Por otra parte Zambrano promovía invertir la atención, es decir, el sujeto debe adentrarse en sí mismo y confrontarse consigo mismo en torno a su propio problema.

La filósofa María Zambrano considera el retorno al origen para buscar de las confesiones agustinianas “el lenguaje del sujeto en cuanto tal” mientras Foucault se encargaba de analizar la confesión institucionalizada en el Concilio de Trento encontrando que a raíz de este hecho se desprende una nueva visión de poder y saber. *“Mientras ha quedado un grano de este saber, ha sido suficiente para equilibrar tanta locura y desvarío que brotaba incesantemente de nuestro suelo”*. (*Pensamiento y Poesía en la Vida Española*, 1939. p. 92).

Zambrano distinguía una inversión del uso histórico de la memoria que se encontraba bajo el poder de la conciencia y que nutría a la confirmación del personaje aunque existía un camino indetenible ante un momento destructivo. La memoria que tiene lugar en la confesión vuelve a “su condición virginal” de potencia de alma que mantiene en sí la pureza, lo íntimo, lo sagrado debido al doble nexo que unifica a las zonas oscuras de la historia y al mismo tiempo a ese inolvidable recuerdo del origen que sólo emerge como ímpetu de trascender. La memoria es la llamada a realizar esa acción mediadora “alquímica” que caracteriza al alma.

Es mediante la confesión donde el sujeto puede manifestarse, revelarse quitándose las máscaras, sin personaje, sólo es conato de ser, es decir, en estos intentos de ser, es que permanece la promesa última del hombre, que se encuentra en un viaje trascendental.

En San Agustín y en María Zambrano se puede encontrar una gran similitud en lo que respecta a la afirmación de la existencia con una honda convicción de religiosidad “mediterránea” en la que los dos estaban de acuerdo en la necesidad de trascender el ascetismo de Platón, con la finalidad de auspiciar una religión en la que se pueda palpar la vida, sus dimensiones, es decir, que esté totalmente viva.

En Torno a los Dioses

La autora malagueña en su vivo interés por mantener vibrante el dulce sonido de la Tradición aboga por un tiempo presente cuyos cánticos estén contentivos con voces de la Sabiduría puesto que resaltan la posibilidad de un Mundo en Plenitud que otrora existiera, mucho antes que la razón cobrara sentido. En tal sentido María Zambrano hace una profunda reflexión en torno a los dioses quienes poblaban al mundo antes del pensamiento discursivo. El hombre era guiado de la mano de éstos para transitar por los oscuros caminos, develándole una realidad que le era totalmente inaccesible e inabarcable. Sin embargo, llegó el momento en que los dioses dejaron solo al hombre en absoluta orfandad y vacío. El hombre se hizo independiente y vanidoso, abandonándose a los designios de una razón que ocuparía el puesto de los dioses. Ahora el hombre vaga sólo por el mundo, solitario en profunda crisis.

Mucho antes del surgimiento de la razón, del lógico discurrir el hombre se sentía totalmente asistido, amparado; orientaba sus

pasos con la seguridad de quien se siente guiado y protegido para vencer los obstáculos que día a día se le presentaban en el tránsito por oscuros caminos, por la incertidumbre y el temor que constantemente le acechaban.

De la mano de los dioses caminaba seguro hacia la develación de la realidad que envuelta en el misterio se empeñaba en ocultarse y franquearle su acceso de entrada. Para darle un nombre a esa presencia vacía, a lo que aun no se conoce, que es inabarcable y vacía, nacieron los dioses quienes habían surgido de esa realidad primordial, del apeirón, del fondo último de lo sagrado, colmando al hombre en su necesidad y temor ante una realidad que no le era dada, sino que se le ocultaba y por la cual no se resignaba a ser sometido. El hombre ante su angustia e incertidumbre necesitaba darle a este espacio en el que solo habita el silencio y la nada, una imagen. La primera que se formó fue la imagen de los dioses.

Fueron los dioses los primeros en encender sus lámparas para alumbrar al misterio. Y estas divinidades que albergaban el misterio del hombre fueron reveladas, se hicieron presentes por la palabra poética la cual fue la primera en enfrentarse valientemente a este mundo oculto de lo sagrado y también se atrevió a nombrar la esencia del misterio; de esta manera la presencia de los dioses queda estrechamente vinculada a la presencia poética, pues es la poesía la que dará cuenta en adelante de los dioses con todo su ser insondable e ilimitado. *“...Porque lo sagrado es oscuro, es ambiguo, ambivalente, apegado a un lugar. Lo sagrado no está enseñoreado del espacio, ni del tiempo; es el fondo oscuro de la*

vida: secreto, inaccesible, es el arcano". (El Hombre y lo Divino, 1973, p. 237).

En la época en que el mundo estaba poblado de dioses era la poesía la encargada de dar testimonio y presencia de los dioses, pues los dioses habían elegido al poeta para poder manifestarse y revelarse.

El poeta inspirado vivificaba a los dictámenes del dios mediante su escritura, olvidándose de su singularidad; ya no obedece a su voluntad ni a su conciencia, se olvida completamente de sí mismo.

Esa inspiración Divina que había poseído al poeta le hacía sentirse colmado con el hálito de los dioses.

Según Platón al poeta lo invade una extraña fuerza ajena a él que irradia las más brillantes esmeraldas del alma y luego se expanden en su interior convertidos en cantos sagrados emitidos por los dioses, los cuales fueron otorgados al poeta mediante la inspiración, la inhalación del sublime prana, del aire, el neumaticós, término que sirve para denominar la inspiración, país poblado de dioses, poetas literalmente: aire, hálito; la divina inspiración, es simplemente estar colmado de hálito de los dioses.

El poeta sirve a los dioses con un amor incondicional olvidándose por completo de su pasado. Interiorizado, ensimismado vive su existencia a solas con su mundo interno.

Pero llegó el momento en que los dioses abandonaron al hombre, sus presencias ya no se perciben y ese vacío rotundo dejado por los dioses no puede ser sustituido por nada, nada puede colmar ese vacío. *“...El hombre sin dioses está cercado y perdido a la par en un contorno lleno, hermético, inaccesible; sin camino”* (*El Hombre y lo Divino, 1973, p. 237*).

La razón ocupó el puesto de los dioses para llenar ese profundo vacío, invadió sus espacios tornándose vigilante, analítica, acompañada siempre de la síntesis.

Cuando Nietzsche dijo “Dios ha muerto” utiliza el nombre de Dios, para referirse al mundo sobrenatural y suprasensible; significa que el mundo suprasensible ya no es funcionable, el mundo sensible solo es una débil apariencia de la realidad sobrenatural. Los antiguos vínculos entre la verdad del mundo suprasensible y la esencia del hombre ya no tienen ese valor trascendente que antes tuvieron. Dios desapareció de nuestras aristas vitales por las cuales penetraba su influjo para darnos el valor necesario en los momentos decisivos de nuestras existencias. Las nociones de esencia, sustancia y causa se encuentran en una profunda crisis de valores.

La conciencia demarcó su poderío al ocupar el lugar que antes habían ocupado los dioses. Es esta la encargada de afirmar la existencia de la realidad sin depender en absoluto de un Dios ni de ninguna estancia sobrenatural. La conciencia se convirtió en un poder humano por excelencia desvinculada totalmente de lo divino.

El Universo divino se secularizó y el poder de la conciencia, sustituyó ese estrecho nexo entre Dios y el hombre.

Ese tiempo privilegiado en que los mandatos divinos formaban parte del destino de los hombres, ahora, se encuentra solitario en un mundo inabarcable y vacío.

La creación de una cultura humana sustituyó al originario culto religioso, a ese sentimiento de intimidad y unidad entre las criaturas y su Dios.

Esta corriente viva que llamamos tradición, se asientan las raíces de nuestra cultura verdadera: aquellas nociones que, actuantes, rigen nuestros más secretos movimientos, que aprisionan nuestra mente, que inspiran en los instantes decisivos de nuestra existencia una resolución; de ella nos viene la fuerza de vivir y morir. (La España de Galdós, 1959, p. 96).

El hombre se siente independiente de cualquier esfera divina y por ende piensa que él es el único responsable de sus acciones y decisiones.

A todo lo creado lo cual fue exclusivamente un don divino, el hombre lo convirtió en una particular manera de obrar, incluyendo la voz sagrada que únicamente los dioses podían emitir; se produjo una simple comunicación al alcance del común de los hombres. Ese espacio fue ocupado por la razón y conciencia.

En la medida que la razón y la conciencia fueron ocupando el espacio vacío que dejaron los dioses se originó una fuerte alteración de valores.

La poesía perdió su papel original, el poeta dejó de ser el elegido de los dioses. Para transmitir sus designios ahora es un hombre común quien se adueñó de su razón y de su arte. Si el hombre niega a los dioses directamente está negando no solo su manifestación sino también la inspiración, esencia y origen de la poesía y de las artes las cuales pasaron a ser meras entregas retóricas.

La concepción que existía acerca del mundo y la manera en que estaba ordenado y la divina inspiración ya no son las mismas para el hombre actual. Es mediante la conciencia que el poeta habla y no por mandatos de sus dioses puesto que la poesía pasó a ser una técnica y una disciplina.

El Universo contaba con un orden jerárquico, este orden fue suplantado por una manera distinta, implantada por la razón.

El Eclecticismo.

El proyecto zambraniano luminiscente e inspirador se reviste de una especial relevancia al contener en sí una singular visión ecléctica. No podía ser menos si proviene de una de las filósofas más prominentes del siglo XX, María Zambrano la que en su dimensión sublime nos revela un pensamiento impregnado de las

nociones fundamentales de escuelas y grupos intelectuales distintos y antagónicos tales como M. Schneider, Massingnon, H. Corbin, R. Guenon, Fulcanelli, A. Beguin, R. Cailloig, Dumezil y muchos más siempre acompañada de la tradición particularmente de las voces vencidas las que dan cuenta de lo sagrado en lo divino, que aún permanecen guardadas en los repliegues de un tiempo negado, escondido, desdeñado que pugna por florecer esperando que el grito de nuevas voces lo reconstruyan y reinventen.

María Zambrano siempre supo mantener una amplia mirada hacia los horizontes que cada pensamiento le brindaba y que le servirían como principios sin inclinarse por ninguno, cual si fuera una gran águila trascendiendo a los grandes abismos para planear sobre ellos vencéndolos. *“María Zambrano siempre ha hablado en sus declaraciones del carácter iniciático de los textos de otros autores que amó en el tiempo, de los poetas y pensadores que para ella han sido ejemplares” (Premio Miguel de Cervantes, 1989. p. 66).*

Al mismo tiempo el discurso filosófico de Zambrano se interrelacionará sutilmente con múltiples pensamientos especulativos que sostienen lo oscuro, lo inefable, lo misterioso que guarda toda vida, y no puede ser comprendido mediante la razón.

Desde una perspectiva filosófica reflexiona sobre importantes aspectos que han sido recogidos acríticamente por

investigadores poéticos, místicos o religiosos tales como: Bergson, Scheler, Heidegger, Mounier, Plotino, el existencialismo y otros.

La investigación esotérica se traduce en una búsqueda constante, la acción de palabra es un rito sagrado que clama por un saber transformador, un cambio de vida.

Por otro lado el discurso gnóstico nos invita hacia otras facetas de nuestra vida en la que necesariamente debemos sumergirnos en nuestro interior para buscar desde lo más profundo, oscuro y originario el vínculo entre lo divino, el hombre y el Universo para encontrar al hombre por nacer, “el hombre pleno”.

Por otro lado María nos alerta en relación al cuidado, amor y respeto que debemos profesar por la herencia que nos legaron nuestros antepasados, preservándola, manteniéndola viva, para que cada día podamos sentirla en toda su inmensidad, pues ésta se encuentra en constante amenaza de la cual no sabemos nunca lo que ocurrirá, necesita ser fortalecida. Sabemos que en su esencia guarda el germen que sólo le corresponde a los viejos tiempos desempolvar. Es preciso no dejar extinguir a ese mundo de sabiduría que nos legó un tesoro de saberes que no son eruditos sino que pertenecen a puentes experienciales, vivencias, al hombre en conexión con el Universo como una condición para que éste no se sienta huérfano, abandonado, solitario e inquieto.

Otro de los aspectos del eclecticismo de Zambrano consiste en trascender al pensamiento, es ese anhelo oculto de ir más allá

de todos, proponiendo un método-camino, un método que rompe sus linderos, que se trasciende a sí mismo y que es capaz de ir a las zonas más oscuras y humildes del ser humano.

Una razón maternal para consolar al hombre en su desamparo y también salvadora, que va a permitir que todos los hombres adquieran aquella condición que les corresponde de hecho, el ser personas. Alcanzar la propia singularidad, la plenitud de trascendencia que poseen, su forma específica de ser hombres. (Claves de la Razón Poética, 1998. p. 124).

Por otro lado María Zambrano nos conduce hacia la búsqueda permanente de la verdad que también es un principio de la ecléctica, la cual promueve ese amor infinito hacia el encuentro del camino certero, virtuoso y piadoso. *“Una verdad que no puede ser demostrada, sino sólo sugerida por ese más que expande el misterio de la belleza sobre las razones (Poesía y Filosofía, 1993. p. 19).*

Para María existe una verdad previa a toda investigación que la sitúa más allá de todo sistema, de todo pensamiento y tanto la inteligencia como el objeto, trasciende todo límite y toda ciencia.

María Zambrano en constante apertura hacia las diferentes visiones nos muestra un abanico de vertientes para concluir con la sutileza y profundidad de pensamiento que le caracteriza que la

verdad se encuentra en el fondo de cada creencia, doctrina, sistema.

Otro de los rasgos importantes en torno a su visión ecléctica radica en la creencia de que todo el pensamiento ha sido insuficiente para darle una respuesta certera al hombre, en relación a su vida íntima.

Zambrano admite que ningún conocimiento obtenido mediante doctrinas, escuela, sistemas, es capaz de ahondar en el alma humana, para llegar hasta el fondo último del sentir del hombre, ni podrá darle respuestas, en una situación de crisis. El hombre jamás podrá descubrirse como ser humano mediante el conocimiento; muy al contrario el hombre se revela a sí mismo en los momentos álgidos de su existencia, es decir, en los momentos de crisis.

Son estos los momentos de verdadera revelación, cuando sentimos que todo está perdido, que ya nada es posible, que nos encontramos en un laberinto sin salida, cuando nos suceden experiencias muy dolorosas relacionadas con uno de los miembros de nuestra familia, sentimos que somos lanzados hacia otro mundo, impermeabilizándonos frente a lo cotidiano. Es en estos momentos y no mediante la razón, ni doctrinas, ni sistemas cuando sentimos una total desnudez, es cuando al fin nos llega la respuesta esperada, es decir, al fin descubrimos la vida humana en toda su dimensión. Si el ser humano se siente capaz de detenerse un momento para enfrentarse a esa desnudez, esta oportunidad envuelta en crisis le servirá para hacer una profunda transformación interior que le conducirá hacia un saber del alma.

Hay que dormirse arriba en la luz.

Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del Universo, el suyo propio.

Allá en los "profundos", en los inferos el corazón vela, se desvela, se reenciende en si mismo.

Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aún sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección.

M. Zambrano

CAPÍTULO III

Reflexiones Filosóficas del Corpus Teórico de María Zambrano

María Zambrano, con el fresco aroma de la liberación y su firme convicción de seguir tras la huella de una visión unitiva, nos confirma que sólo a través del cuerpo efectivo de la Meditación, en un itinerario íntimo lograremos la ascensión al mirador que domina la existencia, para que en pleno sol del alma observemos al silencioso vuelo de razones nunca anidadas y seamos capaces de sentir, mediante una razón amorosa, el pulso acorde con la vida, su palpar, su vibración.

Fue precisamente desde ese mirador, desde ese otro plano interior y desde su perspectiva ecléctica donde Zambrano pudo contemplar la magnitud del ser humano en su existencia. De ahí que la autora española tejiera la urdimbre de su pensamiento con los hilos del existencialismo. En tal sentido su Proyecto Filosófico, impregnado de la sutil esencia de la experiencia personal, y por lo tanto, subjetiva, se escapa de las estancias de la razón dejando a un lado ese espacio sin arista donde la luz se corta para luego sumergirse en la profundidad de la vida. Vida que es acción, transformación, movimiento continuo.

Porque esta marcha a campo abierto en busca de la realidad es como una exploración también en una tierra hormigueante de vida, donde criaturas vivientes pueden brotar de un momento a otro y en la cual la conciencia se retira. (La España de Galdós, 1959, p. 35).

La filosofía idealista Occidental, desde Descartes hasta Hegel, había exagerado sin límite el poder de la razón. Esta manera de entender el uso inmanentista de la misma, sólo enmascarada en lo físico-matemático, que desde Galileo a Descartes había servido como orientación al pensamiento científico europeo jamás pudo ser entendida por la autora española quien nos propone una razón poética, una razón que permanece en los límites, razón personal, razón comprometida con la vida, método-camino abierto a la trascendencia, puesto que ese racionalismo impide al hombre vivir íntegramente la experiencia total de vida. Es necesario adoptar una actitud “más religiosa” para aproximar la vida a la razón.

Por ende María crítica a su querido Maestro Ortega y Gasset quien es partidario de un vitalismo que pone toda su confianza en esa razón que es pura “voluptuosidad intelectual”. En Ortega lo esencial es la razón y la acción; de esta manera es como el hombre se “futuriza”. De igual manera hace una fuerte crítica a la postura de Sigmund Freud, acusándolo de cínico al construir una teoría que deshace la trascendencia dejando la vida reducida a un mero devenir, sin ningún argumento, ni finalidad.

Para Zambrano no es en la razón racionalista donde el hombre puede descubrirse como ser humano, sino en sus estados más críticos que luego se traducirán como momentos de revelación.

Según Ortega lo que realmente está en crisis no son las creencias sino su fundamento último, el sustrato primero de nuestro ser, esa experiencia que está más allá de sí misma a la cual se le ha encubierto con múltiples máscaras, al mismo tiempo que ha sido reprimido por la tiranía de una razón inmanentista.

Para María Zambrano el conocimiento que el hombre posee sobre sí mismo proviene de lo que él piensa que le hace falta, de lo que carece, pues aun cuando se piense que se está satisfecho, pleno, siempre va a sentir esa insatisfacción, esa carencia. Es aquí donde tiene lugar la intervención de la razón poética que nos ofrece Zambrano. Método-camino que sirve para despertar potencialidades adormecidas en el humano, una razón que hable del hombre y su misterio, método-camino que nos expresa la sinuosidad, la multiplicidad, lo oscuro de la vida.

María Zambrano considera que la aguda crisis por la que esta pasando la cultura Occidental se debe a la situación de desamparo, de orfandad, de vacío en que se ha sumido el hombre, quien perdió el apoyo brindado por aquellos Principios que le hacían trascender su simple naturaleza, sus instintos, su cotidianidad. Ahora el hombre vaga solo entre la terrible naturaleza.

A partir de Descartes, se comenzó a definir al hombre como conciencia, éste se hizo totalmente independiente con respecto al mundo divino, es decir, dejó a un lado las mediaciones. El hombre considerado como una simple máquina camina al lado de la Diosa Razón, de la conciencia, sintiéndose profundamente solo, vacío, huérfano.

Por esta y otras razones es que la autora española María Zambrano nos propone una miríada de soluciones con miras a la construcción de la “Humanidad Plena” que cobijará a nuevas conciencias en permanente parto de sí mismas y de la realidad, en el mero acto de creación, tomando en cuenta que crear es Saber mirar en lo que hay; reconocer que la realidad es susceptible de transformación como lo es el ser humano, y porque se puede añadir nueva vida, la realidad natural y la humana se comunican, dicen siempre algo más de lo que aparece. Pero la raíz no es tan sólo esta comunicación sino el amor que le acompaña.

El “Hombre Pleno” es el que permanece extraviado de los caminos y vías reales por los que se mueve el entendimiento cotidiano y se da la oportunidad a sí mismo de nacerse, ensoñarse e inventarse para mirarse y ser mirado en la claridad de nuevos mundos.

Estos temas de interés en los cuales la filósofa española María Zambrano basó su reflexión serán tratados en forma más amplia en el presente capítulo.

El Existencialismo.

Se entiende por existencialismo a un conjunto de corrientes filosóficas que se iniciaron después de la Primera Guerra Mundial. Fueron objeto de gran difusión y controversia durante las dos guerras mundiales.

Estas corrientes poseen un punto de coincidencia en lo que respecta a la manera de pensar la filosofía como análisis de la existencia, si comprendemos que existencia significa el modo de ser del hombre en el mundo. En tal sentido el análisis de la existencia es una oportunidad para aclarar e interpretar los modos como el hombre se relaciona con el mundo en virtud de sus posibilidades de conocimiento, vivencias y acción al mismo tiempo, la aclaración e interpretación de aquellos modos con los que el mundo se abre al hombre, determinando o condicionando sus posibilidades.

El existencialismo, como corriente filosófica de la época contemporánea, es la expresión y creación de un ambiente cultural que se puede describir en forma negativa como la crisis que sufriera el optimismo romántico. Este optimismo en crisis se basaba en reconocer un principio infinito (la Razón, el Absoluto, el Espíritu, la Idea o la Humanidad), que era la sustancia del mundo, que lo regía y lo dominaba, de igual manera al hombre a quien le garantizaba sus valores fundamentales y determinaba su progreso infalible. Los existencialistas sentían como misión histórica la destrucción en Europa del mito romántico de la

conciencia o espíritu infinito, Guía del mundo, para suplantarlo por un Saber que diera cuenta del hombre en cuanto ser terrestre y mundano, es decir, con sus vicisitudes, aciertos y desaciertos. La idea principal que el existencialismo expresa es que éste es un ente finito, limitado tanto en su capacidad como en sus poderes, precipitado al mundo en manos del determinismo propio y en una constante pugna con situaciones que pueden conducirlo al fracaso. Por ende, la filosofía existencialista encuentra su verdadero significado desde el momento en que es considerada como una fuerte reacción enfurecida contra el movimiento cultural que postulaba la disolución de la persona en forma paulatina; así como también viene a representar el gran esfuerzo para recuperar los valores particulares de la persona frente al degradante proceso de despersonalización que se había iniciado de forma irreversible desde los inicios del siglo XIX.

Este proceso de despersonalización se hace más notorio principalmente en el plano filosófico.

A comienzos del siglo XIX las dos corrientes filosóficas más dinámicas eran el idealismo hegeliano y el materialismo mecanicista. Aun cuando sus planteamientos eran totalmente diferentes ambas coincidían en considerar al sujeto humano como un ser pasivo, inerte, carente de esencia propia.

En el materialismo mecanicista, el hombre se disolvía ante la realidad material, y en el idealismo hegeliano quedaba aniquilado ante el espíritu absoluto.

En ambos movimientos, el hombre concreto, el hombre con sus particularidades y cualidades personales, no era considerado ni tomado en cuenta en la reflexión filosófica hasta llegar al extremo de negar la singular interioridad humana, sus anhelos, angustia y acción en la existencia particular del hombre concreto.

En cuanto al nivel sociopolítico, el proceso de despersonalización se manifestó en el auge de los totalitarismos políticos de derecha o de izquierda en el panorama social europeo.

El individuo era reducido a una pequeña parte sin nombre de la monstruosa máquina del Estado quien dirigía al hombre como a una marioneta.

Los estados totalitarios comunistas del Este europeo, o los estados fascistas del Oeste, se encargaron de ponerle límites a las libertades individuales de pensamiento y acción, destruyendo en forma progresiva los valores personales, dirigiéndose en un destructivo proceso de despersonalización del hombre víctima de su autoritarismo.

Esta despersonalización se hace también evidente en el campo laboral. En los países capitalistas democráticos, en pleno apogeo de la industrialización, se extinguía cada vez más la subjetividad humana.

El creciente proceso de industrialización que originó la división del trabajo y con ello la automatización inherente al desarrollo tecnológico, convertía al hombre en máquina, sin

humanidad, carente de toda singularidad, creatividad, responsabilidad o libertad.

Como consecuencia de la despersonalización a que se vio sometido el ser humano el existencialismo reacciona junto a algunas manifestaciones literarias anteriores en las que se expresa en forma más evidente el drama de la existencia humana.

En el plano filosófico, los antecedentes históricos más próximos del existencialismo se pueden encontrar en la fenomenología de Husserl y en el pensamiento filosófico de Kierkegaard.

El existencialismo toma de la fuente filosófica de Kierkegaard las categorías de "existencia", "subjetividad" e "individuo".

De la fenomenología de Husserl absorbe la "ontología apofántica" que no es otra que la concepción de un ser (mundo) que se revela, más o menos, al hombre, según estructuras que constituyen los modos del ser del hombre mismo. El existencialismo tiene otra importante fuente representada por la filosofía de la vida en su actualismo, en su análisis del tiempo, en su fuerte crítica del racionalismo y de las ciencias de la naturaleza, Bergson, Nietzsche y Dilthey representan otras tantas influencias decisivas para los existencialistas.

Una pluralidad de filósofos han sido ubicados como existencialistas, o de alguna manera relacionados con esta escuela.

Soren Kierkegaard.

Las raíces del existencialismo en su forma más inmediata se remontan a Soren Kierkegaard.

La filosofía existencial que surgió de la revuelta romántica del siglo XIX contra la razón y la ciencia y en favor de la implicación apasionada en la vida, fue muy importante en el pensamiento y los trabajos de Kierkegaard donde expresa su intensa experiencia emocional.

Soren Kierkegaard, de quien María Zambrano abreva de la fuente de su pensamiento, no es pensador existencialista, sino un precursor del existencialismo, es un poco sistemático de un modo intencionado y reúne ensayos, aforismos, parábolas, publicaciones bajo seudónimos. Aplicó el término existencial a su filosofía porque la consideraba como la expresión de la vida individual examinada con intensidad y no como la construcción de un sistema monolítico a la manera del filósofo alemán del siglo XIX, Georg Wilhelm Frieddrich Hegel, cuyo trabajo criticó en notas concluyentes no científicas, (1846). Hegel afirmó haber conseguido un absoluto entendimiento racional de la vida humana y de la historia; Kierkegaard, por el contrario, resaltó la ambigüedad y la paradójica naturaleza de la situación del hombre. Afirmaba que los problemas fundamentales de la existencia desafían una aplicación racional y objetiva; su mayor preocupación de Kierkegaard consistía en esclarecer el propósito de la existencia humana en lo que tiene de concreto, la cual es

contradicha por la filosofía racionalista y, en especial por la de Hegel. En tal sentido Kierkegaard emprende una fuerte polémica contra el hegelianismo. La antropología hegeliana era abstracta.

Al ser el espíritu absoluto el único origen del hombre, éste era tratado como un todo homogéneo y sometido a las mismas leyes comunes para todos los individuos. Así el individuo concreto desaparecía para dejar paso a la sociedad, a la humanidad o cualquier entidad supraindividual, frente a una postura abstracta, donde el hombre está determinado por la idea de la existencia, siendo esta individual y personal, acercándose a la realidad humana desde supuestos religiosos.

El existencialismo propone que se considere al individuo como realidad humana básica y como centro de toda investigación filosófica. Esto ha hecho que el existencialismo se haya encontrado con una fuerte oposición por parte del socialismo en general que se propone una continuación de la trayectoria hegeliana. Kierkegaard se opuso rotundamente al idealismo alemán, rechazando la eternización introducida por Hegel, en razón de que ésta excluye la existencia, que es el modo mismo de ser del hombre y en la cual se unen lo temporal y lo eterno, sumergido en la angustia.

Los hegelianos se preocupaban por lo universal menospreciando lo individual, subjetivo y concreto. Kierkegaard trató de comprender y explicar al hombre a través de la teología protestante relacionando la angustia con el pecado original. Todo su pensamiento está impregnado de irracionalismo, ya que la

existencia y el movimiento que le es esencial, no pueden pensarse, pues al pensarse quedan abolidos, es decir, inmovilizados, eternizados. Kierkegaard mantenía que la filosofía sistemática no solo impone una falsa perspectiva de la existencia humana, sino también, al explicar la vida en términos de necesidad lógica, se convierte en una manera de evitar la elección, que ha de hacerse sin el peso de normas universales y objetivas. La validez de la elección se puede determinar tan solo de una forma subjetiva.

Miguel de Unamuno.

Otro de los grandes pensadores existencialistas que influyó en el pensamiento filosófico de María Zambrano fue Miguel de Unamuno. Su vida consistió en una permanente Meditación sobre la muerte, sin embargo, no fue una Meditación como la de los estoicos para resignarse a morir, sino todo lo contrario es el perfecto antipolo de Séneca.

Para Unamuno la vida desde su comienzo hasta el fin es una lucha contra la fatalidad, de vivir lucha a muerte, agonía.

El héroe de Unamuno fue Don Quijote, el anti-pragmatista por excelencia, el héroe éticamente invicto que sabe, o cree Saber, que toda victoria inmerecida es una derrota moral, y que en último caso, más que la victoria importa el merecerla.

Por otro lado Unamuno pensaba que su religión consistía en buscar la verdad; en la vida y la vida en la verdad, su verdadera religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio.

La obra de Unamuno se divide en dos grandes períodos:

El primer lugar, se puede encontrar un moderado influjo de su personal concepción religiosa y una apertura hacia corrientes socialistas y progresistas.

En segundo lugar, se acentuó una obsesión por los problemas de la trascendencia.

El núcleo fundamental en el pensamiento de Unamuno parte del hombre, el hombre de carne y hueso, el que nace y sufre y muere.

El tema que le preocupa, es pues, el del hombre concreto, individual; no la "Naturaleza Humana". Porque de lo que se trata es justamente del hombre concreto, con toda su riqueza de caracteres y posibilidades, del existente a la manera de Kierkegaard. El hombre no es pura razón. El existente es algo más complejo: es cada uno de nosotros, en carne y hueso, con todas sus modalidades cognoscitivas, volitivas, afectivas, pasionales, corporales, sociales.

El sentido de la existencia, es decir, lo que se es con respecto a sí mismo y al mundo, no reside en ningún fin extrínseco, sino en la realización de la vida. Por lo tanto la

filosofía en lugar de estudiar abstracta, cómoda y tranquilamente un conjunto de pensamientos vacíos del alma, de entidad carnal y espiritual concreta, nos fuerza a conocer un hombre.

Para Unamuno la realidad es contradictoria por lo tanto cualquier filosofía que pretenda deshacer la eterna y trágica contradicción que es la base de nuestra existencia, fracasará. Tal contradicción tiene múltiples manifestaciones ante todo, las luchas constituyen la entraña misma de la vida “La vida es lucha”.

El hombre siempre está en constante conflicto, discordia a lo largo de su vida.

En tal sentido la filosofía no surge de la “razón pura”, sino del hombre concreto, en el que el elemento más importante no es la inteligencia, sino sus sentimientos, sus necesidades, sus pasiones.

Raíces Existencialistas.

La autora María Zambrano en sus raíces existencialista parte del hecho de que las cosas no deben ser explicadas racionalmente, sino que deben ser vividas o mejor, vivenciadas. La vida humana, la existencia particular, no debe subordinarse a los dictados de la razón. Hay vivencias existenciales que no pueden ser comprendidas por un Saber, ni pueden ser reducidas a un conocimiento objetivo. En tal sentido Zambrano afirma lo siguiente:

Y este incansable juego de dar razones de los hechos incluye dentro de sí a los hechos del amor, el amor convertido en hecho, decaído en acontecimiento sometido a juicio y a explicación, es decir, desvirtuado en su esencia que todo lo trasciende; desposeído de su fuerza y de su virtud, al amor de nada le sirve aparecer bajo la forma de una arrebatadora pasión; es como si cuidadosamente alguien operara un análisis y extrajera lo divino y avasallador de él para dejarlo en un suceso. (El Hombre y Lo Divino, 1973, p. 259).

Zambrano afirma que es de vital importancia el encuentro con nuestra verdad particular, fruto de nuestras vivencias, no de la verdad objetiva, de las definiciones esenciales de la razón filosófica.

Verdad esquiva que en ningún modo ha permitido ser pensada, ser reducida a concepto, ni apresada en ideas; ser despegada de sí misma, en suma: verdad que el intelecto humano, hasta ahora, no ha podido captar para dominar, que ha exigido perderse en ella -la entrega de nuestro ser- porque no es cosa, que se sepa, verdad de la mente, sino integra verdad de la vida. (España de Galdós, 1959, p. 94).

Esta razón por medio del uso de los conceptos abstractos, presenta a la inteligencia un objeto universal, el cual se realiza en una multitud indefinida de sujetos, dejando escapar la existencia y la individualidad. El existente por tanto, que escapa por naturaleza

al pensamiento abstracto, a las definiciones esenciales de la razón, es impensable, irrazonable, ilógico o misterioso. No puede ser captado por la razón, sino por una experiencia personal concreta o por la intuición. El sujeto está más allá de la razón conceptual, es irracional, incognoscible, es decir, no puede ser conocido, sino existiendo en su misteriosa incognoscibilidad.

Por lo tanto la filósofa malagueña María defiende la vía de subjetivización del pensamiento, en oposición a la objetividad y universalidad.

Zambrano anuncia que no es una inteligencia la que logra el conocimiento verdadero, puesto que es necesario vivir la realidad.

Mientras que en la filosofía esencialista Occidental predominaba la razón abstracta hacia sus definiciones por medio de las esencias dejando para sí lo común y universal, abandonando lo singular y particular.

María Zambrano con su visión subjetivista, se interesó por recuperar las particularidades de cada ser humano. Es decir, aquello que por definición escapa siempre al esencialismo: captar las zonas más oscuras, más misteriosas, desdeñadas por la razón y por lo tanto más valiosas.

Frente a la tendencia a universalizar al hombre mediante la razón propia de la filosofía esencialista que recorre el pensamiento Occidental desde Platón hasta Hegel, María Zambrano lo singulariza mediante la existencia.

Para la autora el valor de toda la realidad se establece y funda desde el fenómeno fundamental de la existencia. Si consideramos que la estructura originaria de la existencia no es el pensamiento, sino la libertad absoluta, que en su ejercicio, decisión y elección no está sometida o ligada a nada que la determine o guíe, el hombre no es más que lo que llega a ser, hechura de su absoluta libertad. De ahí que la existencia se crea a sí misma en libertad, deviene en un proyecto. En tal sentido María Zambrano afirma que generalmente la existencia coincide con la temporalidad. *“Y si tiempo y libertad son inexorables en la vida humana, sólo sabiéndolos conjugar, la vida será verdaderamente humana. (Persona y Democracia, 1988, p. 114).*

La escritora María Zambrano hace referencia a una posibilidad empírica, objetiva o real, de la que el hombre dispone en todos sus modos de comportarse frente al mundo, es decir, frente a las situaciones en las que se ve colocado. Las posibilidades humanas tienen, por tanto, un carácter anticipador, orientado hacia un futuro de esperanzas y proyectos, aunque su realización nunca sea segura.

Por otra parte Zambrano considera que los postulados éticos no bastan para resolver las cuestiones existenciales, sino que la significación de estos postulados depende de las condiciones concretas de la existencia.

Ortega y Gasset.

Otra de las conexiones que estableció la autora en cuestión fue con Ortega y Gasset en quien contempló la magnitud de su pensamiento y su manera peculiar de comunicar su pensar salpicado de vida y sentimiento.

La práctica de un pensamiento autónomo que tenga fuertes vínculos con la experiencia y el enfrentarse en forma individual con las “circunstancias” es una de las enseñanzas que promulgaba Ortega y Gasset. Esta es una de las razones fundamentales por las que María Zambrano asume hasta el final a Ortega como su Maestro, a quien pudo sentir con todas las fuerzas como no lo había sentido nunca antes. “...*No olvidaré nunca y me cabe decir que tampoco durante muchos años, fue olvidada aquella conferencia mía, sobre mi Maestro Ortega y Gasset*” (*Claves de la Razón Poética, 1998. p. 68*).

Sólo a partir de la soledad radical de su exilio, su vocación se le hizo patente, apremiante. Únicamente desde su exilio, su pensamiento se intensificó, emergiendo de ese fondo auténtico lo que no se le había manifestado cuando pertenecía a la escuela de Ortega. De esa escuela orteguiana es que Zambrano hereda una filosofía comprometida con la vida humana, como “realidad radical” que tiene como finalidad hacer que la “razón vital” se ejercite amorosamente, para que se acerque a las zonas más humildes y oscuras de la existencia y asuma a las circunstancias de

la vida que claman por su salvación y también para que se les adhiera al logos.

Se trataba de tomar una decisión de salvar una circunstancia, es aquí donde se dividen estas dos fuerzas. *“La vida sin método, sin camino que la acoja y que la Guía, la vida abandonada en su espontaneidad, es monstruosa e imposible”*. (Claves de la Razón Poética, 1998. p. 134).

Por eso se le hace necesario tomar un trayecto existencial diferente al de su Maestro Ortega y le es imposible aceptar la idea de convertir la adhesión a la Guerra Civil en un problema de moral pura, que se refiere kantianamente a la voluntad: la seguridad y la certeza no se originaban de la voluntad sino de la realidad dada.

María Zambrano experimenta su largo y penoso exilio rechazando todo tipo de invitaciones que le hicieran los intelectuales españoles; no sucede lo mismo con Ortega quien regresa a la España de Franco para dictar una serie de conferencias en Madrid. María Zambrano en su exilio dictaba conferencias sobre el pensar de Ortega, pero se lamentaba que éste participara en el gobierno franquista.

Para María se presentaba como algo inexplicable la actitud adoptada por Ortega quien había impulsado con su pensar acerca de la filosofía y política a la transformación de la vida española.

Es cuando muere Ortega en 1955 que María decide dejar el silencio, rememorando sus escritos memorables que poseen una excelente fuerza plástica en la que el español Ortega revive por su personalidad y compromisos pedagógicos íntimamente vinculados con la realidad española. Para María Zambrano, Ortega no adolece de “su falta de claridad” sino que no le creía capaz de acercarse a la tragedia de la vida del hombre y se quedó navegando en las aguas de su intelecto.

Ortega abordaba la crisis de la modernidad la cual tenía sus orígenes en Galileo. Era la efervescencia en el debate europeo, en el que se expresaba su profunda convicción de que esto era un avance necesario dirigido hacia una nueva forma de vida y pensamiento, esa premisa del “raciovitalismo”, de esa división entre vida y razón que es la base de la época Moderna.

Ortega pensaba que toda crisis transformaba a la historia y que todas las culturas sufren crisis cada cierto tiempo para poder enfrentar nuevas condiciones y mandatos históricos.

Toda crisis representa la desaparición de múltiples verdades en el mundo en que vivimos; ese angosto mundo que precipita nuevamente la vida del hombre, en la angustia, la dimensión que la constituye ontológicamente. Ortega piensa al hombre en la esfera de su vida como la de un hombre naufragando, como la imagen más cercana que proyecta la pobre existencia del hombre quien está obligado a enfrentar una realidad en la cual está sobrando, es decir, que no encaja, y al mismo tiempo es un espacio pletórico de alternativas, un conjunto de quehaceres. *“La realidad, ha dicho*

Ortega y Gasset, se presenta como fragmentaria; es decir, hace alusión a algo que le falta, jamás se da como un todo completo sino más bien como una totalidad en la que falta algo". (El Hombre y lo Divino, 1973. p. 306).

La cuestión de la relación hombre-mundo tiene sus orígenes en el pensamiento de Ortega, del hombre como ser libre, obligado a establecer un diálogo permanente consigo mismo y con las circunstancias, a reflejar su propia vida como si fuera una novela.

Las culturas en plena madurez tienen sus propias crisis que se repiten constantemente como consecuencia de un conjunto de ideas atrofiadas. Cuando la convicción ya no tiene ninguna validez, y el hombre actúa mecánicamente es justamente cuando emerge desde la profundidad de la crisis la luz de la libertad que es una condición inherente al ser humano: eso que al ser humano se le torna imposible y es vivir anónimamente, sin autenticidad; una enorme necesidad de ser auténtico florece donde el ser se siente plenamente realizado, "el propio personalismo yo" al cual Ortega solía llamar "divina inquietud", aspecto orteguiano que María Zambrano toma para profundizar en su fenomenología de la esperanza "fondo auténtico de la vida humana".

Esta necesaria libertad que ni para Ortega ni para Zambrano es una proyección pura e ilimitada, que paradójicamente se presenta en la vida del hombre.

La libertad siempre lleva implícita la idea de necesidad, pero está no se origina únicamente de la realidad. Existe una realidad

que se resiste a la acción del hombre, que se percibe de un nexo interior; el clamor de la vocación, el grito de un hombre que quiere autenticidad.

En cada ser humano que tenga la intención de solventar la crisis y de estructurar su propia vida que llene de significados y de un verdadero sentido al mundo, se establece un vínculo con la capacidad de vivir en forma auténtica, de poder relacionarse con el enigma de su ser, de un sí mismo que le Guía sin que éste sea evidente totalmente.

Descubrir un camino, abierto, trazarlo, es la acción más humana, porque es al mismo tiempo acción y conocimiento, decisión y una cierta fe que regula la esperanza en forma tal de convertirla en voluntad. Es pues, la acción moral entre todas. (Persona y Democracia, 1988. p. 43).

La soledad se presenta como una necesidad imperiosa de querer estar consigo mismo, para poder vivir en forma auténtica la vida de esta experiencia que Zambrano considera como privilegiada, que para Ortega esta experiencia es absorbida una y otra vez en esa visión recta e irreversible del pasar del tiempo que le otorga a cada época sus acciones y oportunidades.

Existe un único camino hacia la consecución del “ser auténtico” y es el lugar que le corresponde tanto a nivel personal como a toda la generación en la historia, que se entiende como un sistema de experiencias por las que la razón del hombre obtiene el

conocimiento de su función y de su destino, logrando la libertad para obrar en el mundo.

El hombre auténtico llega a coincidir con sus contemporáneos que tienen la misma experiencia en lo que respecta al destino humano y se puede resolver cuando el hombre comprende su capacidad de “estar a la altura de los tiempos”.

María Zambrano tomaba de la fuente de Unamuno quien revalorizaba la autonomía del camino recorrido por España, en relación con el desarrollo obtenido por parte de la Europa moderna a partir del racionalismo de Descartes.

Ortega que era un fiel adepto de la Ilustración, de esa perfectibilidad no definida del espíritu humano, se daba cuenta con dolor que la separación entre España y Europa, se relacionaba con la cultura alemana. Esa metáfora que le servía para proyectar “la altura de los tiempos”, que se entendía como el surgimiento de la preeminencia cultural sobre su estructura, se deben juzgar y reformar todas las condiciones de todos los pueblos.

María Zambrano escribió “La vida en crisis”; la crisis que Europa estaba viviendo en la antesala de la Segunda Guerra Mundial ya no tenía la intención de reducir al necesario progreso de la historia. Esta ensayo es un claro enfrentamiento con su Maestro quien había canalizado su pensamiento hacia un historicismo radical, obviando la investigación de la razón vital hacia una narración “histórica o narrativa” dedicándose a una ciencia “historiológica” que tiene como finalidad el conocimiento

científico de la historia y sus mecanismos. *“La razón poética marca la línea de ruptura con el historicismo orteguiano. María rechaza abiertamente la historia narrativa a favor de una visión poética. (Claves de la Razón Poética, 1998. p. 88).*

Ortega que no aceptaba de su visión “lúdico-heroica” de la vida del hombre, comprendida como una aventura del desafío del humano en este mundo, las nociones de “ser para la muerte” y de la angustia. Por ende se invertía el significado de la filosofía que ponía entre paréntesis los estudios de la existencia por ser ausente, lo cual se solventaba en una narración histórica dirigida a aclarar las respuestas que el hombre necesitaba para comprender las transformaciones que se suceden en la vida con la finalidad de dirigir a las nuevas generaciones hacia un lugar en el presente y tomar previsiones del futuro. *“...En las épocas de crisis que preceden a la conciencia obligándola a nacer”, la historia aparece como una “esfinge” bajo cuyos restos monstruosos “gime y aflora” la realidad de lo humano. (Claves de la Razón Poética, 1998. p. 89).*

María Zambrano pensaba en que era urgente y necesario entregarse a la confusión y a la inquietud de su tiempo, sin que mediara ninguna ideología ni soluciones de consuelo.

Es en la disolución de la cultura donde se podía ver la experiencia propia de la crisis lo cual deja al descubierto las entrañas de la vida del hombre.

Para María el hecho de que Ortega mirara a la historia con los ojos de la razón, era una gran limitación e incapacidad para eliminar la tragedia que Zambrano consideraba una esfera que estructura la historia y todo lo que ella significa. En la crisis se puede apreciar que en lo referente a las circunstancias no es una competencia deportiva sino un anhelo de precipitar el verdadero sentido de ser en este mundo.

Para Zambrano sólo en la tragedia surge el conocimiento de la historia; es esa carga histórica de la que formamos parte sin que la hubiésemos fabricado, lo que nos empuja hacia el reencuentro con las raíces del pasado para que emerja hacia un presente que apura por florecer, para poder desgranar el enigma y hacer que todo acontecimiento se traduzca en libertad.

Por lo tanto no se trata de buscar autenticidad en un método científico o como lo hacía Ortega en un valor práctico y pedagógico del que se podía poner en duda puesto que los múltiples acontecimientos históricos están escondidos en disfraces cada vez más nuevos.

Sin embargo, para María Zambrano, más allá de cualquier análisis científico de los acontecimientos históricos y sus mecanismos, los requerimientos de la crisis europea requiere de una meditación reveladora, capaz de hermanarse con la vida para que sea transparente, en la que ésta se abra, sin querer encontrar verdades absolutas para ir al fondo último del alma humana en busca de la verdad. Por tal motivo María expresa que: *“En la vida humana, conversión ha de ser siempre transformación,*

metamorfosis, quizás transfiguración. Es decir, ascensión en la escala de las formas, ganando modos más altos del ser". (El Hombre y lo Divino, 1973. p. 281).

María Zambrano sugería que una confesión era un camino para salir de la crisis, en tal sentido era necesaria para Occidente una confesión que fuera hasta el fondo del ser de la historia que trascendiera la infancia del propio nacimiento.

Así pues Ortega consideraba que toda crisis lleva al hombre a la altura de los tiempos, es decir, a ese profundo miedo que el hombre enfrenta al momento de su nacimiento; miedo, porque de alguna manera nos recuerda la crisis más original y difícil por la que hemos pasado.

Para Ortega el nacimiento significa el sentir del naufrago, de ser precipitado, empujado a un ambiente totalmente extraño en el cual no encaja. En cambio para María el nacimiento es salir de la oscuridad a la luz, es el exponerse abiertamente a ser mirado y esa mirada le hiere hasta tal punto que el hombre siente la necesidad de huir para no ser visto.

El nacimiento por sí mismo nos señala la tragedia la cual precede a la historia, lo que la origina. El nacimiento hace alusión a un comienzo que se oculta y se expone al mismo tiempo.

La historia y la cultura no son únicamente la consecuencia de un desapego del hombre con respecto al mundo, como pensaba Ortega; un hombre que inquiere, que enfrenta los tropiezos, es más

bien el resultado del desapego del hombre con el ser que le fue otorgado, en el que se halla como alguien que no encaja y que lo arroja de su encierro.

El nacimiento lleva implícita la idea de trascendencia, de ir más allá de los límites fijados, de un constante renacimiento, de estar constantemente pariéndose a sí mismo y a la realidad, respetando al misterio y con profunda humildad y aceptación entender que éste carece de algo. Esta carencia forma parte de la existencia humana como sinónimo de camino que va desde lo que ocultamos hasta lo que revelamos; esta paradoja entre luz y oscuridad es una dimensión trágica en la existencia humana, que actúa a través de su contrario, buscando en su acción la compensación.

Es la única manera en que el hombre Occidental ha podido cambiar su estado de pobreza, de orfandad, el cual lleva impreso desde su nacimiento, es decir, a ese hombre inseguro, pobre, huérfano, se le ha ocultado con la máscara del poder porque únicamente bajo su mando se siente reivindicado:

En ese ímpetu de renacer, se afirma el del nacimiento, del hecho de que sea reconocida su condición de criatura. Para Ortega es esta la base del desacuerdo que siempre ha opuesto al hombre a la madre.

Sin embargo, esta lucha de la cual Ortega no se percató, para María Zambrano representa el núcleo crítico que debe ser resuelto para poder llegar a una comprensión de la historia Occidental, la

cual está fuertemente marcada por el incesto que separa a la historia en dos trayectos inarmónicos, discordantes entre sí pero que en esencia se entrelazan en múltiples formas que se traducen como complementos y cómplices al mismo tiempo.

Crisis del Hombre Occidental.

En lo relacionado con la crisis, vacío y orfandad que confronta el hombre Occidental, la pensadora española tiene la clara certeza de que ciertas realidades que ella considera básicas en la estructura humana no han encontrado acomodo en la conciencia sino en los sueños, en las fábulas, en el mito, pues la filosofía racionalista se encargó de eliminar, desvirtuar y descalificar palabras como alma y amor, privó realidades como la esperanza y el anhelo, capaces de propiciar su aparición. *“La esperanza es, hambre de nacer, de nacer del todo, de llevar a Plenitud, lo que solamente llevamos en propósito”.* (*Hacia un Saber sobre el Alma, 1993, p. 44*).

La esperanza es, para María, el vacío activo de un ser indigente, que aspira a una unidad posible y es, además, la primera manifestación de la vida. El hombre europeo se caracterizó en su historia por vivir en una esperanza de raíces cristianas, que derivó en el esfuerzo y la tensión hacia un horizonte siempre inalcanzado; pero en último tramo el idealismo humilló la vida del hombre, negándole la vía de la experiencia que lo conduce hacia su Plenitud, ésta se torno desesperanzada y soberbia dando origen en uno de sus extremos al fascismo; desde la perspectiva actual, se

podría estar hablando de ideologías totalitarias como un estallido ciego de vitalidad que pretendió fundar la realidad en un acto de violencia destructora.

Por otro lado el hombre olvidó la verdad originaria que arrastra en su caída la pérdida de la palabra, por su incapacidad de hacerse pulso y ritmo del alma.

El hombre moderno se enfrenta a una confusa dispersión y se halla escindido en múltiples "yoes". Alcanzó una total independencia con respecto a los dioses: ya no son ellos quienes caminan acompañándolo en sus pesares, aciertos y desaciertos, ahora camina de la mano de la diosa razón, la cual no sólo le propicia un mundo seguro, estable, sino también una extrema libertad, y un inmanentismo, una soledad profunda y una gran soberbia que le hace considerarse hijo de nadie. En su mundo ya no existen las mediaciones entre lo divino y lo sagrado. *"Lo sagrado del mundo físico fue transformado hace muchos siglos en lo divino por el pensamiento: lo sagrado de las montañas, ríos y volcanes, de fenómenos espantables, en la divina physis". (El Hombre y lo Divino, 1973, p. 280).*

Por otra parte la filosofía y poesía están totalmente separadas, así como vida y pensamiento viven en una total y profunda desarmonía. Dice María Zambrano que, *"Al llegar a este punto en que filosofía y poesía se dividen llevándose cada una para sí un aspecto, un modo de eros, el amor ha terminado su aparición histórica". (El Hombre y lo Divino, 1973, p. 270).*

La “Humanidad Plena”.

Por estas y otras tantas razones Zambrano, en su elocuente misión por construir una nueva visión sobre la “Humanidad Plena”, interviene con un Saber sobre el Alma y su razón poética, método-camino que no sólo aborda el fenómeno poético en sí mismo, sino también las múltiples dimensiones que encierran lo humano, sus vínculos con el ser, su carácter de identidad conformado en el tiempo, en un existir que trasciende sus hechos y vivencias particulares, y en el propio sentido de la relación hombre-ser como ser forma de vida, que en sentido diacrónico es historia. *“Y es como si comenzara diciendo “esta es la vida y esta es la realidad”. La vida y la realidad encontradas, revueltas, entrañadas la una en la otra en lucha y amor”.* (La España de Galdós, 1959, p. 36).

Para la autora malagueña la “Humanidad Plena” encuentra su verdadero sentido cuando en su seno encierra Modelos de vida, verdaderos Paradigmas de Sabiduría, y es capaz de dirigirse a la búsqueda de la raíz que motive auténticos asuntos humanos, los cargados de espíritu, porque sólo ellos mueven a vivir la razón para que sea auténtica, aquello que exalta al amor, el desinterés y la trascendencia.

Será la actuación continua y humilde de una razón que no ha comenzado por nombrarse a sí misma. Una razón o manera de conocimiento que se ha extendido humildemente por seres y cosas, sin delimitarse

previamente a sí misma. (La España de Galdós, 1959, p. 93).

El “Hombre Pleno” es aquel que se suma a la cadena transmisora de un Saber que cree en la posibilidad de rescatar la razón que dé voz a su propia vida, a su viaje, ese itinerario íntimo vertido en sus palabras que son camino de Sabiduría. Se debe por lo tanto, buscar una solución que pase inevitablemente por la creación de un nuevo lenguaje, dotándolo de una mayor riqueza, una más honda imaginación simbólica. Es decir, someterlo a un proceso de sacralización o de trascendencia, de tal modo que las palabras puedan quedar refinadas o metamorfoseadas hasta el punto de permitir trasladar lo divino a lo meramente humano. María Zambrano considera que: *“La palabra diáfana, virginal, sin pecado, sin pecado de intelecto, ni de voluntad, ni de memoria. Y su claridad tendría lo que ninguna palabra nos da certidumbre de alcanzar: ser inextinguible”.* (Claros del Bosque, 1993, p. 67).

En el Koan-Zen conocemos el sonido de dos manos que dan palmas. El Maestro pregunta a sus discípulos ¿Cuál es el sonido de una sola? Es un ejercicio de verdaderos principiantes en el abandono de la palabra. La tradición Occidental sabe también de trascendencias del lenguaje hacia el silencio. El ideal trapense se remonta a abandonos del habla tan antiguos como la de los estilistas o los padres del desierto. San Juan de La Cruz expresa la austera exaltación del alma, de la contemplación, al romper las ataduras del entendimiento verbal común. María nos expresa que: *“La palabra se volverá hacia lo que parece ser su contrario y aun enemigo: el silencio. Querrá unirse a él, en lugar de destruirle. Es*

“música callada”. “soledad sonora”, “bodas de la palabra y el silencio””. (Hacia un Saber Sobre el Alma, 1993, p. 42).

Zambrano con su método-camino anota que el “Hombre Pleno” es aquel que se dirige al encuentro con su propia verdad, en la que se cruzan la nostalgia y esperanza. Y no renuncia a descender a lo oscuro y a regresar a su origen para atender los signos del camino recibido.

Porque si el hombre transita sólo por el camino recto del interés, del cálculo y del dominio y olvida el camino sinuoso de la vida en su indigencia constitutiva y no atiende a su condición primera de no haber hecho el camino sino de haberlo recibido como un don, entonces renunciará a esa unidad original que solo podemos presentir en el antes y después de la historia.

Pero hay un momento en que la aurora de lo humano parece extenderse y ocupar un vasto horizonte: es el siglo VI antes de Cristo. Budha en India, Lao-Tse en China, los siete Sabios, y entre ellos Tales de Mileto en Grecia y Pitágoras. Lazo de unión con Egipto y la India. Y no es un dios propiamente lo que asoma, sino un camino”. (Persona y Democracia, 1988, p. 42).

Como si en los signos que nos señalan la senda recibida estuviera por desvelar una forma de paz y de quietud que no es la paz y la quietud de un ser arrogante, soberbio, que ha llegado a su propia identidad a través de la violencia y el poder, a través de la exclusión de todo lo que podría inquietarle, sino que es la paz de

nuestro constitutivo temblor, que a la vez recuerda y anhela. El camino recibido, como la palabra recibida, guarda la nostalgia del ser. Y la tarea es conservar esa nostalgia junto con la inquietud que genera y el reposo al que aspira. Zambrano (1939) agrega: *“La melancolía que lejos de empañar los minutos contados de nuestra vida, hace quemarlos con más brillo y luz, hace desgranarlos uno a uno y contarlos apasionada y abiertamente, hace estrecharlos contra el pecho sin que se traigan bienandanzas, ni fortuna, por el solo hecho de ser instantes, cuentas del rosario del tiempo limitado, de nuestras contadas horas”*.

El recuerdo del camino recibido es el que guarda el recuerdo preexistente a nuestro despertar, nos dona por primera vez el espacio y el tiempo, la línea y la luz del horizonte en donde abreva la discontinuidad que nos impulsa a recorrer nuevos pasos.

Otro de los temas que tiene gran importancia para María Zambrano es el de la Mediación como punto básico en la reflexión acerca de la “Humanidad Plena”, así como también es fundamental el de Guía.

La Mediación es símbolo del sentir que alcanza la universalidad y Guía es la existencia concreta y real unificadora. Razón acogedora que revela y al mismo tiempo es creadora, porque la potencia de lo real es ilimitada y la persona debe ahondar en esa infinitud y no sustraer un aparente caudal, creyendo que lo sabe todo. De aquí que busque comunicar esta palabra y en esta necesidad propone una metodología, no formalista, sino entrañada con el vivir; metodología que da cuenta de Guías mediadoras, es

decir, Maestros de Sabiduría, Modelos de vida, Sabios que explican con sus vivencias las verdades que nuestro espíritu anhela y hacen siempre hincapié en la quietud del ánimo, en la ataraxia, como requisito indispensable para que la realidad suprema, divina, penetre en el ser humano.

A mayor amplitud de confianza, mayor es la realidad de que gozamos. En la medida en que somos confiados y nos sumimos en la adoración todo recobra su ánimo y comenzamos a recibir mensajeros. Ángeles y demonios son el sentido de las cosas más allá de ellas mismas, esa fuerza inefable y eficiente, las fuerzas en su esencia pura, cada cosa en su unidad.

Y esta consideración, este sentimiento así que se transforma en consideración o Meditación, solo puede llevar a dos maneras de agotar la vida; o entregarse al momento, a cada uno de ellos elevándolos a gozocísima Plenitud, o a recoger la vida en su totalidad abrazándola en su redondez compacta, en su totalidad. (Pensamiento y Poesía en la Vida Española, 1939, p. 63).

En tal sentido la realidad no puede ser nada aislado e inoperante; su principal finalidad debe ser la trascendencia. Trascendencia que no es otra cosa que la capacidad que cada ser tiene para salir de sí sobrepasando sus propios límites, para dejar el sello de su esencia en el alma, en todo lo demás.

La pensadora malagueña propugna la idea del hombre en Plenitud como el hombre que toma responsabilidad histórica al mismo tiempo que es capaz de procurarse su espacio propio, es decir, su espacio sagrado, su centro, dejando a un lado el aislamiento, la individualidad, y esa agitación estéril. Esa inquietud, ese afán de estar en todas partes, de actuar donde quiera, no estando en verdad en ninguna. *“Y un centro, el centro es humanamente un camino, una apertura, un lugar de comunicación”* (*La España de Galdós. 1959, p. 23*).

María Zambrano expresa que la actualidad plena de lo que somos sólo es posible frente a otra cosa, únicamente en relación a otro ser. Para que seamos uno mismo y en Plenitud, es necesario que algo haya puesto en actualidad nuestro tesoro, es decir, lo más profundo de nuestra alma emergiendo hacia la superficie, nada debe quedar en mera posibilidad, en pasividad, debemos ser acto puro: El alma enamorada no puede quedarse en sí; no es en sí misma cuando únicamente se tiene a ella. Lo que logra es la posesión de sus instrumentos: el cuerpo, el alma, el pensamiento, sin embargo, nos damos cuenta de que la unidad seguirá faltando.

Es por esta razón que debemos actuar como actúa el alma enamorada que no se queda en sí, no es en sí misma cuando únicamente se tiene a ella: La única manera de encontrar la unidad es sabiendo de sí, entregándose, olvidándose. Sólo en el amor, en su entrega total, sin ninguna reserva, sin que nada nos quede; abrimos desde nuestro ser hacia adentro y hacia afuera al mismo tiempo. Se debe aprender a oír en el silencio y a mirar en la oscuridad también. Saber de sí que significa olvido, renuncia.

Entregarse a lo que no sabemos, a que nos entregamos, un encuentro entero por habernos dado enteramente. María considera que:

Cuando el hombre se ha apropiado el amor que vagaba fuera como potencia divina, cuando lo siente y sabe suyo, dentro de su condición, formando parte de su naturaleza, se ha decidido ya a ser hombre y a vivir como tal; ha encontrado su difícil puesto en el Cosmos. (El Hombre lo Divino, 1973, p. 270).

Otros de los aspectos fundamentales para el logro de la “Humanidad Plena” consisten en la unión entre Filosofía, Poesía, Religión y un constante anhelo de que la caridad se haga efectiva. Afán de compartir el pan y también el alma, es decir, la vida y la muerte, de saltar las barreras de la individualidad para descubrir que la paciencia, el ofrecimiento, la libertad, el misterio son el punto de partida de un pensamiento que avanza gracias a la reflexión de estas íntimas realidades, en la medida en que se expresan. Al mismo tiempo ese “Hombre Pleno” debe estar comprometido a lo largo de su existencia a un continuo despertar.

Por otro lado la Ontología zambraniana la cual se humaniza y comprende una y otra vez, el todo del Universo, el ir y venir de las personas, contribuye a un modo de vivir humanizante, solidario, virtuoso. María Zambrano promueve una ontología humana que resume Sabiduría de vivir lo cual deviene en “Humanidad Plena”.

CONCLUSIONES

María Zambrano una de las figuras más notables de la Época Contemporánea con su inigualable y peculiar sentir nos condujo hacia el Universo Espiritual de su pensamiento, hemos podido apreciar hondamente la cálida voz de la Plenitud, de quien concibe en la belleza, en la piedad, y en la sinuosidad los más elevados valores con los cuales supo tallar de antemano la figura Paradigmática de la Iluminación, del “Hombre Pleno”, la Guía, el Maestro, lo cual significa un permanente y necesario contacto con las márgenes desbordadas del alma de la que emerge para el caudal humano la fluidez de la palabra que en la Kabala simboliza Dios, lo innombrable, lo incognoscible navegando sobre el eterno silencio, hilando el espacio sagrado, espacio habitable para las nuevas Presencias que claman por nacer.

En tal sentido podemos concluir que las características del pensar filosófico de la autora española María Zambrano, se centran en los siguientes aspectos:

María Zambrano considera que el hombre es un ser que difiere de sí mismo, es decir, vive en permanente conflicto, “en el principio fue el conflicto”. Esta prueba del conflicto se hace evidente en el carácter del ser descentrado propio del hombre.

Este conflicto que no es otra cosa que diferir de sí mismo lo marca la diferencia, la distancia, que en el hombre se da entre su ser (esencia) y su estar (modos): entre ese ser que somos en tanto

que hombre y esa nuestra realidad que nos hace ser y estar sujetos. El hombre comienza a sentirse ser sujeto en el momento en que reflexiona, es decir, cuando se mira a sí mismo. Lo más importante en el ser humano no es mirar, sino sentirse mirado, sin Saber quién, ni cómo.

El ser del hombre se siente identificado con su ser originario. Este sentir originario consiste en sentirse; sentirse directamente o sentirse aludido en todo su sentir. Esto es una especie de núcleo de atemporalidad donde permanece lo que somos en nuestra intimidad y que nos acompaña a lo largo de nuestra existencia. La primera aparición del tiempo, antes de la sucesión, surge de la reiteración, de la fatalidad, de la reiteración para seguir estando, para seguir estándose ahí. Este sentir originario es donde el sujeto mismo gravita con todo su peso. Centro de gravedad, donde sordamente permanece el sentir originario en el cual el sujeto puede sentirse con todo su peso y su propia condición. Este sentir originario se expresa en los sueños y no en sus contenidos determinados; en su misma forma, es decir, en ese permanecer fuera del tiempo lo cual es sinónimo para nosotros de estar centrados.

Lo que importa del sueño no es el argumento sino el medio, la forma sueño puesto que ésta no se da únicamente cuando estamos dormidos, sino también en toda la vigilia, moteándola. La única manera como el sueño originario se revela es mediante los sucesivos despertares, se va dejándose ver, lo cual hace revelar al sujeto su fondo, su intimidad. La vigilia en ningún momento rechaza el sueño (que su ser inicial, su ser primero) de lo

contrario la realidad dejaría de ser camino. Es en los sueños donde se revelan los lugares del hombre de donde este ha de salir, es decir, despertar a través del tiempo en el ejercicio de la libertad. El contenido del sueño tiene los caracteres del ser (del arcaico ser de Parménides), es un fenómeno metafísico: los sueños vienen a ser los fantasmas del ser y representan la materialización de su movimiento.

De aquí que la realidad no es otra cosa que tiempo y luz, conciencia, es eso precisamente a lo que despertamos de nuestros sueños: donde somos vistos y nos vemos al mismo tiempo, lo cual constituye nuestra primera experiencia acerca de nosotros mismos, lo que significa experiencia originaria de lo sagrado, es decir, un presentimiento de lo aún no revelado bajo la forma de un delirio de persecución, cuando despertamos todos los días de nuestros sueños y comenzamos a entrar en conflicto por obra del tiempo.

Para nuestra conciencia nuestra realidad es un mero pasar a través de una puerta de entrada que nos conduce a la acción.

Sin embargo, todo hombre centrado en su sentir originario del que únicamente puede dar cuenta la pasividad y atemporalidad de sus sueños, es sólo pasión, pasividad, padecer profundo: es totalmente corazón.

Por otro lado la conciencia cuando actúa frente a la realidad es mente, lo cual significa que es voluntad y libertad como requisitos indispensables para que se dé la acción. Pero es necesario para que dicha acción pueda llegar a ser un camino y no

se convierta en un mero pasar debe tomar todo lo que en su sentir originario le ocupa: vocación y destino. Se puede decir que lo real en los sueños no son las historias sino el libre fluir íntimo del sujeto, bajo la temporalidad esa tensión que precede a la libertad y la hace profecía, la tensión que se cumple con una finalidad que se presenta en forma de símbolos. Por ende los sueños son la médula de las fábulas; en el sueño creador el mito se presenta como la manifestación de la vida del alma en la que los sueños objetivados fluyen como una procesión en la que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el Cosmos.

La filosofía implantó la creencia en el mito del origen de la filosofía como todo un quehacer en que el logos se halla opuesto al mito, como consecuencia se le ha ocultado y se le ha sumergido. Esta soberbia, e imposición de la filosofía es una muestra más del desconocimiento de lo que hoy llamamos “filosofía”, aun cuando el mito se encuentre sumergido en las entrañas del tiempo constituye las bases que sostienen en lo alto a la “razón” y “espíritu” que es lo mismo que decir, vida en la conciencia.

Por otra parte la filosofía se encargó de ponerle un pedestal a la conciencia como centro de gravitación del humano, creando una profunda separación entre el conocimiento de las cosas, es decir, de los objetos, en los que el sujeto es uno más y el Saber del alma, conocimiento y Saber que son dos vías para enriquecernos en la experiencia.

En la actualidad la filosofía moderna sin recato alguno pasó a ser únicamente experiencia que cuenta, es decir, aquella

experiencia que se pueda transmitir y atesorar mientras esté respaldada y legitimada por la idea del progreso arrollador y el avance tecnológico.

En tal sentido la palabra “Tradición” la cual representaba antiguamente la transmisión del Saber de experiencia pasó al olvido a partir de Descartes. Y es en la tradición en la que subyacen los valores más profundos y hermosos, en donde el hombre debe encontrar una Guía perfecta para conducir su vida por la senda de la realización personal trascendiéndose iluminándose. Sin embargo, en adelante ya no tiene el mismo significado pues se genera una lucha entre poesía y filosofía.

La razón poética dejó a un lado su misión última, la de hablar, de clamar con vigor ese logos ocultado, sumergido, soterrado, que pugna por salir de la cárcel de la razón. De igual manera la filosofía perdió su papel de Guía por un apetito de dominio intelectual ante el conflicto originario se presenta como éxtasis frente a las cosas reales, vivientes y plenas, considera la urgencia de poder liberarse de éstas y sus implicaciones; violencia que precipita al hombre hacia algo que debe buscar afanosamente y si es preciso perseguir puesto que no se le da, ni se nos regala, sino que se le niega su presencia, la cual se traduce como éxtasis fracasado por ese desgarramiento, producto de la violencia.

La filosofía y poesía desde sus inicios han sido las mediadoras ante este conflicto originario de dos maneras de guiar nuestra experiencia mediante la esperanza y la palabra, pues de esta manera representan dos vías para salir a cumplir con el

requisito previo de nuestro pasar por el presente, dos maneras de mediar con el conflicto.

Se puede decir que el conflicto ante la antigüedad se presenta ante todo como asombro del hombre frente a las cosas; en cambio, en la época moderna al hombre se le presenta el conflicto como angustia de éste ante sí mismo, de su espacio, de su tiempo, del misterio y del enigma de su propio ser.

La filosofía frente al conflicto se demora en la interrogación: preguntando y preguntándose, mientras que la poesía abre sus ojos a la exclamación para cantar.

El filósofo es aquel que se da a la tarea de profundizar en el vacío demorándose, es decir, el espacio que está entre pregunta y respuesta y al mismo tiempo busca el problema (uno) que encontraría una solución y creará un sistema hermético y finito de todas las preguntas y respuestas. Solución que está proyectada hacia el futuro (como ciudad ideal) y con dicha promesa se encuentra a salvo del temor a la muerte por medio de la razón.

El filósofo originalmente era quien se dirigía a la búsqueda de ese sagrado Saber que le preparaba para el morir. De ahí que la filosofía sea Guía, camino, y ante todo “preparación para la muerte”. La vida de un filósofo tiene gran similitud con la vida póstuma, de la cual regresa como portavoz de la violencia que hace falta, para que se pueda dar la conversión. Entonces se puede afirmar que el filósofo es quien cambia el centro perdido por un horizonte.

La misión del poeta en ningún momento estriba en traducir el conflicto a problema, no le interesa abstraer por medio de la razón en el núcleo de este conflicto, ni mucho menos hace promesas con ningún horizonte, solo se mantiene en conflicto como tal.

Para el poeta únicamente el amor salva y nos rescata de los brazos de la muerte y añora su centro perdido. Su mirada va dirigida al centro de la luz donde mora la iluminación. No se cuida de sí mismo puesto que todo espera por él y esa espera no consiste en el tener, sino en el recibir. Los dones que la vida le otorga lo colman y le inspiran para cantarle a la vida, al amor, a sus ancestros, ya no se posee a sí mismo, su actitud es de una total entrega, en una permanente disponibilidad, como esa herida que se abre entre la extrema improbabilidad de su nacimiento y ese constante temor ante la inevitable muerte.

Entonces podemos decir que toda la acción del poeta consiste en tratar de des-nacer en el amor, llevando a cuestras su presente hacia el pasado, al mismo tiempo el filósofo re-nace en la razón, anteponiéndose ante el sufrimiento, el padecer que se sucede en el seno del horizonte del futuro.

Filosofía y poesía como dos tendencias ideales van de la mano comprometiendo el presente con la palabra del pasado y del futuro, y el peligro específico es que justamente terminen por robarnos, diluyéndolas todas las presencias del presente.

En tal sentido la obra de Zambrano se podría considerar como mediadora entre las querencias de filosofía y poesía.

Podemos ejemplarizar la manera en que la tradición poética moderna, la que se inaugura con Baudelaire, se encuentra muy próxima de transformarse en filosofía, por ejemplo el discurso de Heidegger casi se convierte en palabra poética a partir del encuentro con Holderlin.

Zambrano comprueba que en la época contemporánea la crisis ha servido para acercar ambos discursos y ambas maneras de esperanza, abriendo un abanico de posibilidades en el que la experiencia de lo sagrado fluya nuevamente hacia la comunión entre filosofía y poesía.

Una de las máximas preocupaciones de la filósofa malagueña estriba en la donación de su método ensayo: un método-camino, una Meditación, en el que se albergan distintas vías de acceso de lo sagrado a lo sublime y en el que existen dos modos de vivir en los límites como es el de “Guía” y “Confesiones”, los cuales ejemplarizan ese intento de sincretismo entre los quehaceres tradicionales de poesía y filosofía, las que ahora permanecen unidas en un nuevo nexo entre escritura y experiencia.

La Meditación diluye esas diferencias entre filosofía y poesía en el momento en que traspasa sus barreras amorosamente, convirtiéndose de esta manera en razón mediadora, la cual sirve únicamente al hombre dispuesto a despertar, a no revelar su Saber sino mediante la acción a encaminarse con actitud plena de haber recibido un camino-Guía para salir de sí, del estado en que se encuentre despertando no a solas, sino dentro ya de un orden; este hombre que recibe esta iniciación estará preparado para escuchar

las pocas pero dulces palabras Kabalísticas que contiene un Método.

El método-camino propuesto por la filósofa María Zambrano nos abre paso a la llamada indecible del corazón, a la unidad del ser, a la transformación, trascendencia y aún constante nacimiento. Este método está conformado por dos grandes áreas.

En primer lugar toma en cuenta la discontinuidad y fragmentariedad del vivir del hombre, lo cual se hace acompañar por una fuerte crítica al pensamiento discursivo.

En segundo lugar el pensar de María Zambrano unifica a un eclecticismo filosófico con una senda totalmente mística, lo que comporta de esta manera una visión gnóstica que posee grandes conexiones con lo que se ha llamado esoterismo Occidental, así como también con la tradición mística española.

En lo que respecta a la primera área se expresa como una fuerte crítica al método de la razón que es lineal, sistemático y amigo de la continuidad y de la síntesis, si tomamos en cuenta que la conciencia es discontinua según palabras de Husserl. Es en este comienzo que se da un ascenso de lo que plantea la fenomenología de Husserl y de la concepción del tiempo en Bergson que le hacen pensar de una manera directa (en modo de conocimiento pasivo), la experiencia tal como aparece, haciendo de esta manera una cierta “epojé” una reducción en la fenomenología que expresará una crítica radical de la propia fenomenología de Husserl en el núcleo de la misma: en la manera radical del conciencialismo de

Descartes hacia una subjetividad pura y trascendental que conduce a una “idealidad pura” para la que la misma existencia natural ha quedado en la periferia.

María Zambrano señala el grave problema al que se enfrenta una filosofía por querer mantenerse aferrada a lo ideal, al puro concepto y al propio espíritu, quitándole la idea, el concepto y el espíritu a lo real mismo, que no tiene la suficiente capacidad para enfrentarse con el mundo de la vida, con los problemas reales que expresa la propia razón, esa “Nous” de Anaxágoras que era la gracia no sólo del entendimiento humano sino de lo real mismo, y que era lo que nacía desde el alma, de lo real, lo que le permitía ser, lo que le otorgaba a la vida misma de espíritu, de palpito, de pulso y de ritmo.

La pensadora española se toma la responsabilidad de ofrecer una salida original y salvadora de los mismos postulados de la reacción a Husserl que denotan un existencialismo y los que no se pueden evitar por parte de los “irracionalismos” que se originaron del problema de la razón.

Esta razón de la autora malagueña se ejercita de esta manera con un método que sea capaz de cobijar la vida y regresar a las fuentes originarias del pensar, que sea responsable de los procesos del conocimiento y su pretensión de ser conocimiento y vida a la vez. En tal sentido Zambrano tiene la clara misión de rescatar tanto a la filosofía como a sus variadas relaciones con otros Saberes que pueden ser las respuestas a las preguntas del hombre, a la manera en que el humano se va haciéndose a sí mismo, en esta

latente búsqueda de un espacio para el hombre en el Cosmos, ese lugar donde convivían en perfecta armonía vida y pensamiento. En el pensamiento filosófico de Zambrano, subyace la revelación de Aristóteles “el acto del pensamiento es vida”.

Desde la discontinuidad característica de la conciencia humana hasta una visión que bien puede ser unitiva, transita el método de la filósofa malagueña, necesariamente como camino de un conocimiento pasivo, huyendo de cualquier imposición o violencia del pensamiento sobre el ser, de ese absolutismo cognoscitivo.

Es un método que mediante lo fragmentario, y de la escritura admitida como un fragmento de un orden vital, tiene como finalidad ir al encuentro de los signos, los rastros de una unidad.

La segunda área del método de la autora María Zambrano es el camino de la “visión”, la contemplación de los estratos que subyacen de esta ciencia primitiva. Para poder llegar a estos estratos Zambrano nos sugiere dos vías de acceso.

En la primera, se encuentra la filosofía que usa de manera ecléctica el producto de las ciencias que María denomina “razón poética”.

Para la pensadora española representa una gran importancia lo que ella llama “el camino recibido”, puesto que tiene el significado tanto de una autorreflexión sobre el método propio, como una búsqueda poética del sentido de los métodos del hombre.

Por otro lado el método de María Zambrano tiene múltiples aplicaciones en la obra de la autora, entre los que podemos nombrar los siguientes:

Es esencialmente poético, abocado a la búsqueda desde el corazón del lenguaje a la luz de la palabra, a su eclosión, su nacimiento y poder de creación.

Es un itinerario del lenguaje al interior del silencio impregnándolo de una verdadera acción, considerándolo capaz de servir a la lengua y a las entrañas en una danza que lleva al alma del lenguaje aquello que se niega a ser nombrado, del fondo último en donde todo se resuelve en signos, señales, síntomas, símbolos de lo inefable, lo innombrable he aquí la razón poética de María Zambrano.

Esa aplicación poética en la cual el método se traduce en una vía unitiva en la Physis y sus cuatro elementos, números y el logos, así como para el alma en su inevitable proceso de superación de las escisiones humanas.

Una visión antropológica e histórica por medio de la cual el análisis de “las formas íntimas de la vida” se transforman en un transitar por el concepto y la vivencia de la “realidad” hasta sus orígenes, a través de las vicisitudes en que consiste la historia del hombre, tránsito que la autora María expresa en cuatro etapas por medio de las cuales establece un fuerte vínculo entre lo sagrado, lo divino y lo humano, analizando antropológicamente lo que al mismo tiempo representa una teogonía y una antropología.

Estas etapas son las siguientes:

La totalidad de la realidad primigenia: demasiada presencia, carencia de un espíritu vital, en la cual el hombre vive cerrado, huérfano, solitario.

La historia de la libertad del hombre, se inicia con el acto de nombrar de los dioses, se presenta como un poner límites a la resistencia de la realidad, y el surgimiento en el pensar poético del concepto de lo divino que deviene en la pregunta por parte de la filosofía de la conciencia, y de la soledad humana. Una muy particular misión tendrá el sacrificio como instrumento para darle una salida a esa realidad hermética.

La constitución progresiva del hombre como heredero de lo divino, mediante la introducción de la divinidad en la historia y en el hombre.

Es el espacio idealista, de la absolutización del espíritu, de las religiones que no son guiadas por ningún dios del hombre independiente, que se autocalifica como Dios el cual se pierde en una actividad incesante y asfixiante, olvidando por completo sus centros vitales en los que la vida mora y palpita en forma íntima y sagrada, lo cual se le revierte, y la realidad le devuelve sus sombras y su resistencia primera.

La situación contemporánea por la que atraviesa el hombre Occidental consiste en presenciar la recaída de lo que era íntimo, secreto y misterioso (que se puede revelar), en lo infame.

Una aplicación psicológica que consiste en la crítica a la propia psicología y principalmente a Sigmund Freud, la que se realiza de una interpretación de los sueños dándole mayor importancia a sus contenidos, a sus formas y arquetipos.

El sueño creador unifica esta visión. La aplicación a la crítica literaria la cual tiene varias funciones. Las principales son: el nexo entre los géneros literarios y especialmente entre la filosofía y poesía y una reflexión sobre el sentido de la mística, un doble vínculo con las vías del conocimiento español, por medio de la poesía, la mística y la novela, como la tradición crítica española desde la Ilustración hasta Unamuno y Ortega.

En resumen el pensamiento filosófico de la meditadora María Zambrano nos otorga como un privilegio un método-camino que abriga a la vida y alberga en su seno el camino recibido por una larga tradición de Sabiduría, encontrando fuertes nexos con otras corrientes filosóficas contemporáneas que ella extiende ya hacia una escritura original. Dicha escritura se expresa como discontinua y poética no conducente a ningún sistema, al contrario, unifica por esa metódica pasividad que se dirige hasta las entrañas del humano vivir y transita los oscuros caminos olvidados, desdeñados de la existencia, hablando desde la dulce voz del silencio para entrar con sumo cuidado, sin violencia alguna, sin definiciones, sin conceptos, sin dogmas, en el alma humana.

Escritura que es Guía, que indica la senda a recorrer, que le da vida a la palabra tornándola dulce y melodiosa a través de la poesía, por medio de una ascensión en espiral hacia puentes experimentales, vivenciales que el método maternal de Zambrano nos propone como el sagrado ritual de construcciones y deconstrucciones de la memoria para que el pensar se convierta en aristas de luz que penetra en el verdadero sentir del ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

Obras escritas por María Zambrano:

Libros:

Claros del bosque. (1977). Barcelona, España. Editorial Seix Barral.

El Hombre y lo Diurno. (1973). España: Fondo de Cultura Económica.

El Hombre y lo Divino. (1973). (2001). México: Fondo de Cultura Económica.

España, Sueño y Verdad. (1994). España: Ediciones Siruela. Editorial Madrid.

Filosofía y Poesía. (1993). Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.

Hacia un saber sobre el alma. (1993). España: Editorial Alianza Tres.

La España de Galdós. (1959). Madrid, España: Cuadernos Taurus.

Los intelectuales en el drama de España. (1937).

Nuevo liberalismo. (en la cubierta: “horizonte de liberalismo”). (1930). Madrid: Morata. P. 139.

Pensamiento y Poesía en la vida Española. (1939). México: Fondo de Cultura Económica. P. 179.

Persona y Democracia. La Historia Sacrificial (1988). Colección Pensamiento crítico/pensamiento utópico N° 34. España: Editorial Ántropos.

Artículos: revistas y periódicos:

“Hacia un saber sobre el alma” en **Revista de occidente**, N° 138, diciembre 1934. España: Fundación José Ortega y Gasset. Pp.- 260-275.

“La tumba de antígona” en **Revista de occidente**, N° 54, septiembre 1967. España: Fundación José Ortega y Gasset. Pp.- 273-293.

“Presentación” en **Revista de occidente**, N° 86 – 87. Presentación que hace María Zambrano a este volumen dedicado a los “Cien años de poesía española en el centenario de Azul” (1888-1988).

“Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset” en **Revista de occidente**, N° 120, 1991. España: Fundación José Ortega y Gasset. Pp.- 7-26.

“Un libro de ética” en **Revista de occidente**, N° 146, agosto 1930. España: Fundación José Ortega y Gasset. Pp.-245-249.

Internet:

“Castilla a solas consigo misma”, **Segovia Republicana**, 29 de julio de 1931. España.

“Cuerpo y alma. Sombra y Luz”, **Semana**, 1 de abril de 1964, Pág. 5-12.

“Cuerpo y alma”, **Semana**, 16 de octubre de 1963, Pág. 7.

“De nuevos los astros (II)”, **Semana**, 5 de febrero de 1964, Pág. 4.

“De nuevos los astros”, **Semana**, 23 de octubre de 1963, Pág. 4.

“El Espejo”, **Semana**, 15 de abril de 1964, Pág. 7-10.

“El lugar de la razón”, **Semana**, 13 de noviembre de 1963, Pág. 4.

“El señor de la aurora”, **Semana**, 29 de abril de 1964, Pág. 6.

“Frente Español” **Luz**, 7 de marzo de 1932. España.

“Introducción a la pintura: mitos y fantasmas”, **Semana**, 6 de noviembre de 1963, Pág. 4.

“Josué y el Pensar”, semanario **Semana** (San Juan de Puerto Rico), 9 de octubre de 1963, Pág. 7.

“La ciudad, creación histórica”, **Semana**, 22 de abril de 1964, Pág. 4.

“La cueva de la Pintura”, **Semana**, 29 de enero de 1964, Pág.7-8.

“La mujer en la historia” y “La crisis de la cultura occidental”, **Revista de la Universidad de La Habana. N° 49** (1943), Págs. 310-317. (Resúmenes de dos conferencias pronunciadas por María Zambrano y comentadas por Humberto Piñera Llera).

“La plegaria silenciosa”, **Semana**, 11 de marzo de 1964.

“La Sombra y el Ángel”, **Semana**, 8 de abril de 1964, Pág. 4.

“Las cenizas de Giordano Bruno (secretos de Roma)”, **Semana**, 4 de marzo de 1964, Pág. 6.

“Los caminos del pensamiento”, **Semana**, 30 de octubre de 1963, Pág. 4.

“Los cuatro elementos”, **Semana**, 27 de noviembre de 1963, Pág 4.

“Los símbolos”, **Semana**, 11 de diciembre de 1963, Pág. 5.

“Mozart, un milagro musical”, **Semana**, 12 de febrero de 1964, Pág. 9.

“Problema entre el Individualismo y el Estado”, **El Sol**, 8 de abril de 1934.

“Quevedo y la conciencia en España”, **Semana**, 19 de febrero de 1964, Pág. 5-12.

“Recuerdo de Alfonso Reyes”, **Semana**, 26 de febrero de 1964, Pág. 5.

“Teatro y Universidad”, **Compluto**, N° 2 (1932). Revista de la Asociación Profesional de Estudiantes de Filosofía. España.

Obras referidas a María Zambrano:

Internet.

ALONSO SARRO, José Ramón.

“Estética y armonía originaria en María Zambrano” (Tesis doctoral) en **El Basilisco**, revista de filosofía, ciencias humana y teoría de la ciencia y de la cultura, versión digital. N° 21, 1996. Actas de II Jornadas de hispanismo filosófico, Madrid, 26 y 27 de octubre de 1995.

ARIAS SOLÍS, Francisco.

“María Zambrano: la voz del pensamiento poético” en **El Catalejo**. Con Portal de la Cultura.

BRAVO, Víctor.

“Del padecer y de la trascendencia. La filosofía poética de María Zambrano”. En **Espéculo** N° 10, noviembre 1988 – febrero 1999, Año IV. Revista digital cuatrimestral. Revista de estudios literarios. España: Universidad Complutense de Madrid.

LLERA CANTERO, Luis.

“Mística y razón poética. María Zambrano en la tradición mística española (Tesis doctoral en Filosofía), en El Basilisco. Ob. Cit.

MAILLARD GARCÍA, María Luisa.

“La literatura como conocimiento en María Zambrano”, (Tesis doctoral en Filología). El basilisco. Idem.

Revista aurora, N° 1, 2, 3, 4. Dedicados al “Seminario María Zambrano”. España: Universidad de Barcelona.

SALGUERO ROBLES, Ana Isabel.

“El pensamiento político y social de María Zambrano” (Tesis doctoral).

Textos:

MAILLARD, Chantal.

La creación por la metáfora: introducción a la razón poética. (1992). Barcelona, España: Editorial Ántropos.